

The Project Gutenberg eBook of Manfredo, by Baron George Gordon Byron Byron

This ebook is for the use of anyone anywhere in the United States and most other parts of the world at no cost and with almost no restrictions whatsoever. You may copy it, give it away or re-use it under the terms of the Project Gutenberg License included with this ebook or online at www.gutenberg.org. If you are not located in the United States, you'll have to check the laws of the country where you are located before using this eBook.

Title: Manfredo

Author: Baron George Gordon Byron Byron

Release date: January 1, 2004 [EBook #10821]
Most recently updated: December 21, 2020

Language: Spanish

*** START OF THE PROJECT GUTENBERG EBOOK MANFREDO ***

Produced by Miranda van de Heijning, Paz Barrios and PG Distributed

Proofreaders. This file was produced from images generously made available by gallica (Biblioth que nationale de France) at <http://gallica.bnf.fr>.

MANFREDO, DRAMA EN TRES ACTOS,

Por Lord Byron.

TRADUCCION CASTELLANA.

En el cielo y en la tierra hay mil cosas que vuestros filosofos tampoco dudan.

HORACIO.

Paris, Libreria Americana, 1830.

PERSONAS.

UN CAZADOR DE GAMUZAS.

EL ABAD DE SAN MAURICIO.

MANUEL.

HERMAN.

LA ENCANTADORA DE LOS ALPES.

ARIMAN.

NEMESIS.

LOS DESTINOS.

ESPIRITUS.

La escena se representa en medio de los Alpes, unas veces en el castillo de Manfredo y otras en las montañas.

MANFREDO,

Drama en tres actos.

ACTO I, ESCENA PRIMERA.

[Manfredo está solo en la galería de un antiguo castillo. Es media noche.]

MANFREDO.

Mi lámpara va a apagarse; por más que quiera reanimar su luz moribunda; no podrá durar tanto tiempo como mi desvelo. Si parece que duermo, no es el sueño el que embarga mis sentidos y si el descaecimiento que me causan una multitud de pensamientos que afligen mi alma y a los cuales no me es posible resistir. Mi corazón está siempre desvelado y mis ojos no se cierran sino para dirigir sus miradas dentro de mí mismo; sin embargo estoy vivo, y según mi forma y mi aspecto, me parezco a los otros hombres.

¡Ah! ¡el dolor debería ser la escuela del sabio! Las penas son una ciencia, y los más sabios son los que más deben gemir sobre la fatal verdad. El árbol de la ciencia no es el árbol de la vida.

Filosofía, conocimientos humanos, secretos maravillosos, sabiduría mundana, todo lo he ensayado y mi espíritu puede abrazarlo todo, todo puedo someterlo a mi genio: ¡inútiles estudios! He sido generoso y bienhechor, he encontrado la virtud aun entre los hombres ... ¡vana satisfacción! He tenido enemigos; ninguno ha podido dañarme y varios han caído delante de mí: ¡inútiles triunfos! El bien, el mal, la vida, el poder, las pasiones, todo lo que veo en los demás ha sido para mí como la lluvia sobre la árida arena. Después de aquella hora maldita... No conozco el terror, estoy condenado a no experimentar nunca el temor natural, ni los latidos de un corazón que hacen palpar el deseo, la esperanza o el amor de alguna cosa terrestre... Pongamos en práctica mis operaciones mágicas.

Seres misteriosos, espíritus del vasto universo, o vosotros a quienes he buscado en las tinieblas y en las regiones de la luz; vosotros que voláis al rededor del globo y que habitáis en las esencias más sutiles; vosotros a quien las cimas inaccesibles de los montes, las profundidades de la tierra y del Océano sirven muchas veces de retiro... Yo os llamo en nombre del encanto que me da el derecho de mandaros; ¡despertaos y apareced!

[Un momento de silencio.]

¡No vienen todavía! ¡bien! por la voz de aquel que es el primero entre vosotros; por la señal que os hace temblar a todos; en nombre de aquel que no muere nunca ... despertaos y apareced....

[Un momento de silencio.]

Si es así... Espíritus de la tierra y del aire no eludireis seguramente mis ordenes. Por medio de un poder superior a todos los que acabo de servirme, por un hechizo irresistible nacido en un astro maldito, resto ardiente de un mundo que ya no existe, infierno errante en medio del eterno espacio; por la terrible maldición que pesa sobre mi alma, por el pensamiento que tengo y que esta a mi alrededor, os requiero la obediencia: pareced.

[Aparece una estrella en el fondo oscuro de la galería; es una estrella inmóvil, y una voz canta las palabras siguientes:]

PRIMER ESPIRITU.

Mortal, dócil a tus ordenes, vengo de mi palacio situado sobre las nubes, formado de los vapores del crepúsculo y que colorea de púrpura y de azul el disco del sol poniente. Aunque me este privado el obedecerte, vuelo hacia ti sobre el rayo de una estrella; he oído tus conjuros. Mortal, ¡que tus deseos se cumplan!

LA VOZ DEL SEGUNDO ESPIRITU.

El Monte-Blanco es el monarca de las montañas; esta coronado desde muchos siglos con una diadema de nieve sobre su trono de rocas. Esta revestido con un manto de nubes: los bosques forman su cenidor, tiene un avalancha en sus manos como un rayo amenazador; pero espera mis ordenes para dejarlo caer en el valle. La masa fría e inmóvil del hielo se va derritiendo todos los días, pero soy yo quien le dice que precipite su marcha o que detenga sus tempanos. Yo soy el espíritu de estas montañas, podría hacerlas estremecer hasta sus cimientos cavernosos... ¿Que es lo que quieres?

TERCER ESPIRITU.

En las profundidades azuladas de los mares, en donde no hay nada que agite las olas, en donde nunca ha soplado el viento, en los parajes que habita la serpiente marina, y en donde la sirena adorna con conchas su verde cabellera, la voz de tu invocación ha resonado como la tempestad sobre la superficie de las aguas, el eco la ha repetido en mi pacífico palacio de coral. Declara tus deseos al espíritu del Océano.

CUARTO ESPIRITU.

En los parajes en donde duerme el terremoto sobre una cama de fuego, en los parajes en donde hierven los lagos de betún, en las concavidades subterráneas que reciben las raíces de estas cordilleras cuyas cumbres ambiciosas se pierden en las nubes, he oído los acentos mágicos, y subyugado por su poder, he dejado los lugares en que he nacido para ponerme cerca de ti. Ordena, yo obedecere.

QUINTO ESPIRITU.

Yo soy quien vuela sobre el águila y el que prepara las tormentas. La tempestad que he dejado detrás de mí esta todavía ardiendo con los fuegos de los truenos y de los relámpagos. Para llegar más pronto en donde tu te hallas ha atravesado la tierra y los mares en un huracán. Un ceño favorable hinchaba las velas de una flota que encuentre, pero estará sepultada en las olas antes que aparezca la aurora.

SESTO ESPIRITU.

Mi morada es constantemente la oscuridad de la noche. ¿Porque tus conjuros me fuerzan a ver la odiosa claridad?

SEPTIMO ESPIRITU.

El astro que preside a tu destino estaba dirigido por mí desde antes que la tierra fuese creada. Nunca había girado un planeta más hermoso al alrededor del sol: su curso era libre y regular, ningún astro más

benefico existia en el espacio. La hora fatal llevo: este astro se convirtio en una masa de fuego, en un cometa vago que amenazo al universo girando siempre por su propia fuerza, sin esfera y sin curso; horror brillante de las regiones etereas, monstruo disforme entre las constelaciones del cielo. En cuanto a ti, nacido bajo su influencia; tu, gusano a quien yo obedezco y que desprecio, cediendo a un poder que no te pertenece, y que no te ha sido prestado sino para someterte algun dia al mio, vengo por un momento a reunirme a los espíritus debiles que doblan aqui su rodilla; vengo a hablar a un ser tal como tu. ¿Que me quieres pues, criatura de barro? ¿que me quieres?

LOS SIETE ESPIRITUS.

La tierra, el Oceano, el aire, la noche, las montañas, los vientos y el astro de tu destino estan a tus ordenes. Hombre mortal, sus espíritus esperan tus deseos. ¿Que quieres de nosotros, hijo de los hombres? ¿que quieres?

MANFREDO.

El olvido.

EL PRIMER ESPIRITU.

¿El olvido de que?

MANFREDO.

De lo que esta dentro de mi corazon. Leedlo, vos lo sabeis bien y yo no puedo explicarlo.

EL ESPIRITU.

Nosotros no podemos darte sino lo que poseemos. Pidenos vasallos, una corona, el trono del mundo o de uno de sus imperios; pidenos una senal con la cual gobernaras a los elementos que nos obedecen; habla, tu puedes obtenerlo todo.

MANFREDO.

El olvido; ¡el olvido de mi mismo! ¿No podreis encontrar lo que pido en las regiones secretas que me ofreceis tan liberalmente?

EL ESPIRITU.

Esto no existe en nuestra esencia, ni en nuestra sabiduria; pero ... tu puedes morir.

MANFREDO.

¿La muerte me lo concedera?

EL ESPIRITU.

Nosotros somos inmortales, y no olvidamos nada, somos eternos, y para nosotros lo pasado y lo venidero son como lo presente: ved nuestra respuesta.

MANFREDO.

Esto es burlarse de mi; pero el poder que os ha conducido a mi presencia os ha puesto bajo mi disposicion. Esclavos, no hay que hacer mofa de las voluntades de vuestro señor. El alma, el espíritu, la chispa celeste, la luz de mi ser, tiene la misma brillantez y la misma penetracion que las vuestras, y no cederá jamás aunque se halle encerrada en una prision de barro. Respondedme, o sino sabreis quien soy.

EL ESPIRITU.

Nosotros repetiremos las mismas palabras; lo que acabas de decir puede ser tambien nuestra

respuesta.

MANFREDO.

Esplicaos.

EL ESPIRITU.

Si como tu dices, tu esencia es semejante a la nuestra, te hemos respondido, diciendo que lo que los hombres llaman la muerte no tiene ningun poder sobre nosotros.

MANFREDO.

Sera pues en vano que os haya invocado en vuestras moradas; vosotros no quereis o no podeis socorrerme.

EL ESPIRITU.

Habla, te ofrecemos todo lo que poseemos: piensa bien en ello antes de despedirnos y pide. ¿Quieres un reino, el poder sobre los hombres, la fuerza, una larga serie de dias?

MANFREDO.

¡Malditos seais! ¿que sacare de una larga vida? la mia ya ha durado demasiado; desapareced.

EL ESPIRITU.

Todavia un momento; mientras que estamos aqui quisieramos serte utiles. Piensa bien en esto; ¿no hay algun otro don que pudieramos hallar digno de serte ofrecido?

MANFREDO.

Ninguno: esperad sin embargo... Un momento antes de separarnos, quisiera veros cara a cara. Oigo vuestras voces, cuya dulzura melancolica se asemeja a las armonias melodiosas en medio de un lago cristalino; veo la inmovil claridad de una grande estrella, pero nada mas. Pareced a mi presencia tales como sois, uno despues de otro o todos juntos, pero en vuestra forma acostumbrada.

EL ESPIRITU.

Nosotros no tenemos otra forma que la de los elementos de los que somos el alma y el principio; pero designanos la forma que quieras, y sera la que adoptaremos.

MANFREDO.

Poco importa la forma; no hay ninguna sobre la tierra que sea hermosa o hedionda para mi: que aquel que entre vosotros este dotado de mas poder, tome el aspecto que le convenga. Yo lo espero.

[El septimo Espiritu aparece bajo la figura de una hermosa muger.]

EL SEPTIMO ESPIRITU.

Miradme.

MANFREDO.

¡O cielo! ¿sera esto una ilusion? si tu no fueses un sueno o una imagen enganosa iaun podria considerarme dichoso! te estrecharia entre mis brazos y aun podriamos... (*la muger desaparece*). Mi corazon se halla destrozado.

[Manfredo cae desmayado, y una voz hace oir el canto que sigue.]

Cuando la luna brillara en las regiones aereas, el gusano fosforico en los cespedes, el meteoro al

rededor de las sepulturas y una llama rojiza sobre las lagunas; cuando apareciera el relampago repentino de las estrellas que caigan, cuando los buhos haran oír sus tristes conciertos y las hojas permanecieran inmoviles y silenciosas en el bosque que cubre la colina, mi alma pesara sobre la tuya con fuerza y de una manera terrible.

Por profundo que sea tu sueño tu espíritu no dormira; hay algunas sombras que nunca se desvanecieran para ti, y algunos pensamientos que nunca podras desterrar de tu corazón. Por un poder que te es desconocido, no podras nunca estar solo: este encanto secreto te envuelve como una mortaja, y es como una nube que te servira de prision.

Aunque tu no me veas pasar por tu lado, tus ojos me reconoceran como un objeto que no debe estar lejos, y que estaba cerca de ti habia muy poco. Cuando en este terror secreto volveras la cabeza, quedaras sorprendido de no verme con tu sombra sobre la tierra, y estaras obligado a disimular el poder cuyos efectos experimentarás.

Las palabras magicas pronunciadas sobre tu cabeza han atraido allí una maldicion terrible, y uno de los espíritus aereos te ha hecho caer en el lazo: en el soplo del viento habra una voz que te privara el alegrarte; la noche te negara el silencio de las sombras, y no podras ver brillar el sol sin desear el momento el es del dia.

Yo he separado de tus lagrimas perfidas la esencia de un veneno mortal, he escogido la sangre mas negra de tu corazón, he arrancado a tu sonrisa la serpiente que se mantenía escondida en las arrugas de tu rostro, he tomado el hechizo que hacia tus labios tan peligrosos, he comparado todas estas ponzonas a los venenos mas sutiles; los tuyos son aun mas temibles.

Por tu corazón de hierro y tu sonrisa de vibora, por tus ardidés fatales, por tus miradas enganosas, por tu alma hipocrita, por tus artificios seductores y tu falsa sensibilidad, por el placer que encuentras en el dolor de los otros, por la fraternidad con Cain, vengo a condenarte a que seas tu mismo tu infierno.

Derramo sobre tu cabeza el licor magico que te destina a los tormentos que te preparo, el sueño y la muerte estaran sordos a tus deseos y a tus suplicas; veras la muerte a tu lado para desearla y temerla. Pero ya tu decreto se cumple, y una cadena invisible te rodea con sus eslabones; mis palabras magicas producen su efecto: tu cabeza se turba y tu corazón esta proximo a marchitarse.

ESCENA II.

[El teatro representa el monte Jungfro; el dia da principio. Manfredo esta solo entre las rocas.]

MANFREDO.

Los espíritus que habia invocado me abandonan, las ciencias magicas que habia estudiado me son inutiles. Busco un remedio a mis males y no he hecho sino agriarlos: ceso de contar con el socorro de los espíritus; lo pasado no es de su resorte, y el porvenir ... hasta tanto que tambien este sepultado en la noche de los tiempos, me causa muy poca inquietud. ¡O tierra en donde he nacido! aurora radiante, y vosotras altas montañas ? porque sois tan hermosas? Yo no puedo amaros. Y tu, antorcha brillante del universo, que estienes tu luz sobre toda la naturaleza, y la haces temblar de gozo, tu no puedes lucir en mi helado corazón. Desde esta cima escarpada veo las orillas del torrente, los pinos magestuosos que la distancia los hace semejantes a los humildes arbustos; y cuando un solo movimiento bastaria para hacer pedazos mi cuerpo sobre esta cama de rocas, y para fijarlo en un eterno descanso, ¿por que razon estoy dudoso?

Siento el deseo de precipitarme al pie de la montaña y no me atrevo a ejecutarlo, veo el peligro y no pienso en huirle. Un vertigo se ha apoderado de mi vista, y sin embargo mis pies se mantienen inmoviles y firmes. Un poder secreto me detiene y me condena a vivir a pesar mio, si es vivir el llevar un desierto arido en mi corazón, y el ser yo mismo el sepulcro de mi alma, supuesto que no trato de justificar mis crímenes a mis propios ojos: esta es la ultima desgracia de los malos.

[Un aguila pasa sobre Manfredo.]

¡O tu, reina de los aires, cuyo rapido vuelo te remonta hacia los cielos, que no te dignes caer sobre

mi, para hacer presa de mi cadaver, y alimentar con el a tus hijuelos! Ya has atravesado el espacio en que podian seguirte mis ojos; y los tuyos pueden todavia descubrir todos los objetos que estan sobre la tierra y en el aire... ¡Ah! ¡cuantos objetos dignos de admiracion ofrece este mundo visible! ¡cuan grande es en sus causas y en sus efectos! pero nosotros que nos llamamos sus senores, nosotros, criaturas de barro y semidioses al mismo tiempo, incapaces de poder caer a un rango mas inferior, y tambien de elevarnos, escitamos una guerra continua entre los elementos diversos de nuestra doble esencia, respirando a un mismo tiempo la bajeza y el orgullo, estamos indecisos entre nuestras miserables necesidades y nuestros deseos soberbios, hasta el dia en que la muerte triunfa y en que el hombre viene a ser ... lo que no se atreve a confesar a si mismo, ni a sus semejantes.

[Un pastor toca la flauta en un parage lejano.]

¡Que dulce melodia es el sonido natural de la zampona campestre! porque, en estos parages, la vida patriarcal no es ciertamente una fabula de la edad de oro; el aire de la libertad no resuena aqui sino en las armonias de la flauta pastoral, y en el ruido sonoro de los cencerros del ganado que retoza en las colinas. ¡Mi alma esta hechizada con semejantes ecos!... ¡Que no sea yo el invisible espiritu de un sonido melodioso, de una voz viva, de una armonia animada, qne nace y muere con el soplo que la produce!

[Llega un cazador de gamuzas que viene del pie de la montana.]

EL CAZADOR.

La gamuza ha salvado las rocas, y sus pies agiles la han llevado lejos de mi; apenas mi caza me habra proporcionado en el dia con que hacerme olvidar mis correrias peligrosas... ¿Pero que veo? ¿Quien es este hombre que parece que no es ninguno de nuestros cazadores, y que no obstante ha sabido recorrer estas alturas escarpadas que nuestros companeros los mas ejercitados son los unicos que pueden practicarlo? Sus vestidos anuncian la riqueza; su aspecto es varonil, y sus ojos son tan arrogantes como los de un labrador que sabe que ha nacido libre. Acerquemonos a el.

MANFREDO.

[Sin haber visto al cazador.]

¡Es indispensable el verse encanecer por las penas; semejante a los pinos disecados, restos de los destrozos de un solo invierno, despojados de su corteza y de sus verdes hojas! ¡Es necesario conservar una vida que no sustenta en mi sino el sentimiento de mi ruina! ¡es preciso recordarme siempre de los tiempos mas dichosos! ¡Tengo mi rostro lleno de arrugas, no por los anos, pero si por las horas y los momentos mas largos que los siglos! ¡y todavia puedo vivir! ¡Cumbres coronadas del hielo, avalanches que un soplo puede separar de las montanas, venid a confundirme! He oido muchas veces rodar en los valles vuestras masas destructoras, pero vosotros no aniquilais sino los seres que todavia quisieran vivir, las tiernas plantas de un nuevo bosque, la cabana o la choza del inocente labrador.

EL CAZADOR.

La niebla empieza a levantarse en el centro del valle, voy a advertirle que se baje, se arriesgaria a perder a un mismo tiempo el camino y la vida.

MANFREDO.

Los vapores se amontonan al rededor de los hielos, las nubes se forman en copos blanquecinos y sulfureos, semejantes a la espuma que salta por encima de los abismos infernales, en donde cada ola burmugeante va a romperse en la costa en donde estan reunidos los condenados como las piedras en la de la mar. Un vertigo se apodera de mi.

EL CAZADOR

Acerquemonos con precaucion por temor de no sobrecogerle: parece que ya titubea.

MANFREDO.

Las montanas se han abierto un camino al traves de las nubes, y con su choque han hecho temblar toda la cordillera de los Alpes, cubriendo de escombros los verdes valles, deteniendo el curso de los rios por

su caída repentina, reduciendo sus aguas en turbillones de vapores y forzando al manantial a que se forme una nueva madre. Así cayó en otros tiempos el monte Rosemberg minado por los años. ¡Que no hubiese caído sobre mí!

EL CAZADOR.

¡Amigo tened cuidado! el dar otro paso pudiera seros fatal. Por el amor del Criador, no permanezcáis a la orilla de este precipicio.

[Manfredo continúa sin oírle.]

MANFREDO.

¡Hubiera sido un sepulcro digno de Manfredo! mis huesos habrían descansado en paz bajo un monumento semejante, no hubieran quedado sembrados sobre las rocas, viles juguetes de los vientos, como van a serlo, después que me haya precipitado... ¡A Dios bóvedas celestes; que vuestras miradas no me reprendan mi acción, vosotras no estáis hechas para mí! ¡Tierra, yo te restituí tus átomos!

[Cuando Manfredo va a precipitarse, el cazador le coge y le detiene.]

EL CAZADOR.

¡Detente! insensato: aunque te halles fatigado de la vida, no manches nuestros pacíficos valles con tu sangre culpable. Ven conmigo, yo no te dejare.

MANFREDO.

Tengo el corazón desolado... Vaya, no me detengas más... Me siento desfallecer... Las montañas dan vueltas delante de mí como si fuesen turbillones. Yo ceso de vivir... ¿Quién eres?

EL CAZADOR.

Yo responderé después, ven conmigo. Las nubes se apaciguan. Apoyate sobre mi brazo y pon aquí tu pie... Toma este bastón y ostente un momento en este arbolito dame la mano y no abandones mi cinturón... Poco a poco... Bien ... de aquí a una hora estaremos en la casa en donde se hacen los quesos. Valor; muy luego encontraremos un pasaje más seguro, una especie de sendero abierto por un torrente de invierno... Vamos; ved que está bueno. Tú hubieras sido un excelente cazador; sígueme....

[Descienden con trabajo por las rocas.]

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO II, ESCENA PRIMERA.

[El teatro representa una choza de los Alpes.]

MANFREDO Y EL CAZADOR DE GAMUZAS.

EL CAZADOR.

No, no, permaneced todavia, partireis mas tarde, vuestro espiritu y vuestro cuerpo tienen necesidad de mas descanso. De aqui a algunas horas estareis mejor, os servire de guia, ¿pero adonde iremos?

MANFREDO.

Conozco el camino y no necesito guia.

EL CAZADOR.

Vuestros vestidos y vuestro aire anuncian un hombre de un nacimiento distinguido; vos sois sin duda uno de los senores cuyos castillos dominan los valles; ¿cual es vuestra morada? Yo no conozco sino la puerta de los palacios de los grandes. Mi modo de vivir me conduce muy rara vez a sus vastos hogares, para sentarme alli al rededor del fuego con sus vasallos; pero los senderos que se dirigen a dichos castillos me son muy conocidos desde mi infancia. ¿Cual es el que os pertenece?

MANFREDO.

Poco te importa.

EL CAZADOR.

¡Y bien! perdonadme mis preguntas; pero dignaos estar mas alegre. Venid a gustar mi vino; es muy viejo: muchas veces me ha confortado el corazon en medio de nuestros hielos; recurrid a el para reanimar vuestro valor. Vamos, bebamos juntos.

MANFREDO.

Separa, separa esa copa; ¡sus bordes estan mojados con sangre! ¡No vere nunca esta sangre sepultada bajo la tierra!

EL CAZADOR.

¿Que quereis decir? ¿vuestros sentidos estan turbados?

MANFREDO.

Digo que es mi sangre, mi propia sangre, la sangre pura que corria en las venas de nuestros padres y en las nuestras, cuando en los primeros dias de nuestra juventud no teniamos sino un corazon, y nos amabamos como no hubieramos nunca debido amarnos. Esta sangre ha sido derramada, pero se eleva eternamente de la tierra y va a tenir las nubes que me cierran la entrada del cielo, en donde tu no estas y en donde yo no estare jamas!

EL CAZADOR.

¡Hombre singular en tus palabras, a quien sin duda persigue algun remordimiento y a quien el delirio manifiesta las fantasmas! cualesquiera que sean tus terrores y tus penas, todavia hay consuelos para ti en la piedad de los hombres justos y en la paciencia....

MANFREDO.

¡La paciencia! ¡y siempre la paciencia! esta palabra fue creada para los hombres dociles y no para las aves de presa... Predica la paciencia a los mortales formados con el miserable polvo, yo soy de otra especie.

EL CAZADOR.

¡Gracias a Dios! yo no quisiera ser de la tuya por la gloria de Guillermo Tell. Pero cualquiera que sea el mal que te oprime, es preciso soportarle, y todos esos movimientos convulsivos son inutil.

MANFREDO.

Yo le soporto sobradamente. Mirame: yo vivo.

EL CAZADOR.

Tu te agitas con terror, pero no vives.

MANFREDO.

Te responderé que he vivido muchos años, y que no cuentan por nada en el día en comparación de los que me faltan vivir. Veo delante de mí siglos, el infinito, la eternidad, mi conciencia y la sed ardiente de la muerte que me atormenta sin cesar.

EL CAZADOR.

Apenas se reconoce en tu frente la edad de la virilidad, yo cuento muchos más años que tú.

MANFREDO.

¿Crees que la existencia depende del tiempo? Las acciones; ved nuestras épocas. Las mías han multiplicado mis días y mis noches al infinito; los han hecho innumerables como los granos de arena de una costa, y los han convertido en un desierto árido y helado al que vienen a espirar las olas que al retirarse no dejan sino cadáveres, escombros de las rocas y algunas yerbas amargas.

EL CAZADOR.

¡Ay! ha perdido el juicio, pero yo no debo abandonarle.

MANFREDO.

¡Que no le haya perdido como tú dices! todo lo que ahora veo no sería sino el sueño de un cerebro enfermo.

EL CAZADOR.

¿Que ves pues, o que crees ver?

MANFREDO.

A ti y a mí, un paisano de los Alpes, tus modestas virtudes, tu choza hospitalaria, tu valerosa paciencia, tu alma arrogante, libre y piadosa; tu respeto por tí mismo fundado sobre tu inocencia, tus días llenos de salud, tus noches consagradas al sueño, tus trabajos ennoblecidos por el riesgo y sin embargo esentos del crimen, tu esperanza de una dichosa vejez y de una sepultura pacífica, en donde una cruz y una guirnalda de flores adornaran los cespedes, y a la cual servirán de epitafio los tiernos sentimientos de tus nietos: esto es lo que veo; y si miro dentro de mí mismo ... pero ya no es tiempo; mi alma estaba ya dolorida....

EL CAZADOR.

¿Y no cambiarías con gusto tu suerte por la mía?

MANFREDO.

No, amigo mío, yo no querría hacer un cambio tan funesto para tí, y no lo haría con ningún otro viviente. Solo, puedo resistir a mis angustias, solo, puedo vivir soportando lo que los otros hombres no podrían conocer, ni aun en sueños, sin perder la vida.

EL CAZADOR.

¿Como con este generoso interés por tus semejantes, puedes verte cargado de crímenes? cesa de decírmelo; ¿un hombre capaz de un sentimiento tan tierno puede haber inmolado a su furor a sus enemigos?

MANFREDO.

No, no, ¡jamás! he sido cruel con los que me amaban, con aquellos a quienes yo amaba. Jamás he dado un golpe a un enemigo sino en mi legítima defensa; pero ¡ay! mis caricias eran fatales.

EL CAZADOR.

¡Que el cielo restituya la tranquilidad a tu alma! ¡que el arrepentimiento te vuelva a ti mismo! yo te prometo mis oraciones.

MANFREDO.

No tengo ninguna necesidad de ellas; pero no desprecio tu piedad, me retiro; a Dios. Te dejo este bolsillo, igualmente que mis gracias, no hay que rehusarle ... esta recompensa te es debida ... no me sigas ... conozco mi camino, no tengo que atravesar los senderos peligrosos de la montaña; lo repito otra vez, no quiero que se me siga.

[Manfredo se va.]

ESCENA II.

[El teatro representa un valle de los Alpes inmediato a una catarata.]

MANFREDO.

El sol no se halla a la mitad de su carrera, y el arco iris que corona el torrente recibe de sus rayos sus hermosos colores[1]. Las aguas estienden sobre el declivio de las rocas su manto de plata, y su espuma que se eleva como un surtidor, se parece a la cola del enorme y pálido caballo del Apocalipsis sobre el que vendrá la Muerte.

Mis ojos solamente gozan en el momento de este magnífico espectáculo, estoy solo en esta pacífica soledad, y quiero disfrutar del homenaje de la cascada con el genio de este lugar. Llamémosle.

[Manfredo toma algunas gotas de agua en el hueco de su mano y las arroja al aire pronunciando su conjuro mágico. Al cabo de un momento de silencio aparece la Encantadora de los Alpes bajo el arco iris del torrente.]

¡Espíritu de una hechicera hermosa, que yo pueda admirar tu cabellera luminosa, los ojos resplandecientes y las formas divinas que reúnen todos los hechizos de las hijas de los hombres a una sustancia aérea y a la esencia de los más puros elementos! Los colores de tu tez celeste se parecen al bermellón que hermosea las mejillas de un niño dormido en el seno de su madre y mecido con los latidos de su corazón; se parecen al color de rosa que dejan caer los últimos rayos del día sobre la nieve de los ventisqueros, y que puede equivocarse con el pudico sonrosado de la tierra recibiendo las caricias del cielo. Tu aspecto suaviza el resplandor del arco brillante que te corona; yo leo sobre tu frente serena que refleja la calma de tu alma inmortal, leo que tu perdonaras a un hijo de la tierra, con quien se dignan comunicar algunas veces los espíritus de los elementos, el atreverse a hacer uso de los secretos mágicos para llamarte a su presencia y contemplarte un momento.

LA ENCANTADORA DE LOS ALPES.

Hijo de la tierra, yo te conozco; igualmente que los secretos a que debes tu poder, te conozco por un hombre de pensamientos profundos, estremoso en el mal y en el bien, fatal a los otros y a ti mismo; te esperaba, ¿que quieres de mí?

MANFREDO.

Admirar tu hermosura, nada más. El aspecto de la tierra me sumerge en la desesperación; busco un refugio en sus misterios, huyo cerca de los espíritus que la gobiernan; pero ellos no pueden socorrerme; les he pedido lo que no pueden darme, no les pido nada más.

LA ENCANTADORA.

?Que es pues lo que pides, que no pueden concedertelo aquellos que lo pueden todo y que gobiernan los elementos invisibles?

MANFREDO.

?Para que repetire la relacion de mis dolores? seria en vano.

LA ENCANTADORA.

Yo los ignoro, tened la bondad de referirmelos.

MANFREDO.

iBien! por cruel que sea para mi esta confesion, hablara mi dolor.

Desde mi juventud, mi espiritu no estaba de acuerdo con las almas de los hombres, y no podia mirar la tierra con amor. La ambicion que devoraba a los demas me era desconocida; su objeto no era el mio ... mis placeres, mis penas, mis pasiones y mi caracter me hacian parecer un extraño en medio del mundo. Aunque revestido de la misma forma de carne que las criaturas que me rodean, no sentia ninguna simpatia por ellas ... una sola ... pero yo hablare de ella luego.

Mis placeres eran el ir en medio de los desiertos a respirar el aire vivo de las montanas cubiertas de hielo, sobre cuya cumbre los pajaros no se hubieran atrevido a construir su nido, y en donde el granito desnudo de yerbas se ve desierto de los insectos alados. Gustaba de atravesar las aguas de los torrentes furiosos, o de volar sobre las olas del Oceano iracundo; me encontraba ufano de ejercitar mi fuerza contra las corrientes rapidas; gustaba durante la noche de observar la marcha silenciosa de la luna y el curso brillante de las estrellas; miraba fijamente los relampagos durante las tempestades hasta tanto que mis ojos quedasen deslumbrados, o bien escuchaba la caida de las hojas cuando los vientos del otono venian a despojar los bosques. Tales eran mis placeres, y tal era mi amor por la soledad, que si los hombres, de quienes me afligia el ser hermano, se encontraban a mi paso, me sentia humillado y degradado, hasta no ser ya, como ellos, sino una criatura de barro.

En mis paseos delirantes descendia a la profundidad de las cavernas de la muerte para estudiar su causa en sus efectos, y desde los montones de huesos y del polvo de los sepulcros, me atrevia a sacar consecuencias criminales; consagre las noches en aprender las ciencias secretas olvidadas hace ya mucho tiempo. Gracias a mis trabajos y a mis desvelos, a las pruebas terribles y a las condiciones a que nos someten la tierra, los aires y los espíritus que despueblan el espacio y el infinito, familiarice mis ojos con la eternidad, como habian hecho en otros tiempos los magicos y el filosofo que invoco en su profundo retiro a Eros y a Anteros[2]. Con mi ciencia crecio mi ardiente deseo de aprender, mi poder y el enagenamiento de la brillante inteligencia que....

LA ENCANTADORA.

Acaba.

MANFREDO.

iAh! me complacia en detenerme estensamente sobre estos vanos atributos, porque cuanto mas me acerco del momento en que descubrire la llaga de mi corazon ... pero quiero proseguir: aun no te he nombrado, ni padre, ni madre, ni querida, ni amigo, con quienes me hallase unido por nudos humanos: padre, madre, querida, amigo, estos titulos no eran nada para mi; pero habia una muger....

LA ENCANTADORA.

Atrevete a acusarte a ti mismo: prosigue.

MANFREDO.

Se me parecia en lo exterior, en los ojos, en la cabellera, en sus facciones y aun en su metal de voz; pero en ella todo estaba suavizado y hermoseedo por sus atractivos. Lo mismo que yo, tenia un amor decidido por la soledad, el gusto por las ciencias secretas y un alma capaz de abrazar al universo; pero

tenia ademas la compasion, el don de los agasajos y de las lagrimas, una ternura ... que ella sola podia inspirarme, y una modestia que yo nunca he tenido. Sus faltas me pertenecen: sus virtudes eran todas tuyas. Yo la amaba y le prive de la vida.

LA ENCANTADORA.

?Con tus propias manos?

MANFREDO.

iCon mis propias manos! no; fue mi corazon el que marchito el suyo y le destrozó. He derramado su sangre, pero no ha sido la suya. Su sangre ha corrido sin embargo, he vislo su pecho desgarrado y no he podido curar sus heridas.

LA ENCANTADORA.

?Es esto todo lo que tienes que decir? haciendo parte a pesar tuyo de una raza que tu desprecias, tu que quieres ennoblecerla elevandote hasta nosotros ipuedes olvidar los dones de nuestros conocimientos sublimes y caer en los bajos pensamientos de la muerte! no te reconozco.

MANFREDO.

iHija del aire! te protesto que, despues del dia fatal... Pero la palabra es un vano soplo, ven a verme en mi sueno, o a las horas de mis desvelos, ven a sentarte a mi lado; he cesado de estar solo, mi soledad se halla turbada por las furias. En mi rabia rechino los dientes mientras que la noche estiende sus sombras sobre la tierra, y desde la aurora hasta ponerse el sol no ceso de maldecirme. He invocado la perdida de mi razon como un beneficio, y no se me ha concedido: he arrostrado la muerte; pero en medio de la guerra de los elementos, los mares se han retirado a mi presencia. Los venenos han perdido toda su actividad; la mano helada de un demonio cruel me ha detenido en la orilla de los precipicios por solo uno de mis cabellos que no ha querido romperse. En vano mi imaginacion fecunda ha creado abismos en los cuales ha querido arrojarse mi alma; he sido rechazado, como si fuese por una ola enemiga, en los abismos terribles de mis pensamientos. He buscado el olvido en medio del mundo, lo he buscado por todas partes y nunca le he hallado; mis secretos magicos, mis largos estudios en un arte sobrenatural, todo ha cedido a mi desesperacion. Vivo, y me amenaza una eternidad.

LA ENCANTADORA.

Quizas yo podre aliviar tus males.

MANFREDO.

Seria necesario llamar los muertos a la vida o hacerme bajar entre ellos a la sepultura. Ensayo el reanimar sus cenizas y hacerlos aparecer bajo una forma cualquiera y a cualquier hora que sea; corta el hilo de mis dias, y sea cual fuere el dolor que acompane mi agonía, no importa, a lo menos sera el ultimo.

LA ENCANTADORA.

Ni una cosa ni otra estan en mi arbitrio, pero si tu quieres jurar una ciega obediencia a mis voluntades y someterte a mis ordenes, podre serte util en el cumplimiento de tus deseos.

MANFREDO.

iYo jurar! iyo obedecer! ?y a quien? a los espíritus que domino. iYo venir a ser el esclavo de los que me reconocen por su señor!... ¡Jamás!

LA ENCANTADORA.

?Es esta toda tu respuesta? ?no tienes otra mas dulce? ¡Piensa bien en ello antes de negarte a lo que te propongo!

MANFREDO.

He dicho no.

LA ENCANTADORA.

Puedo pues retirarme; habla.

MANFREDO.

Retírate.

[La Encantadora desaparece.]

MANFREDO *solo.*

Somos la victima del tiempo y de nuestros terrores; cada día se nos presentan nuevas penas; vivimos sin embargo maldiciendo la vida y temiendo la muerte. Gimiendo bajo el yugo que nos oprime, y cargado con el peso de la vida, nuestro corazón no late sino en las ocasiones que experimentamos alguna contrariedad, o algún goce perfido que finaliza por crueles angustias y por la estenuación y la debilidad. ¿En el número de nuestros días pasados y por venir (porque lo presente no existe en la vida) no hay algunos, no hay uno solo en el que el alma no deje de desear la muerte, y no obstante de huirla, como un río helado por el invierno cuya fría impresión bastaría el arrostrarla un momento?

Mi ciencia me ofrece todavía algún recurso. Puedo invocar los muertos y preguntarles cuál es el objeto de nuestros terrores. La nada de los sepulcros quizás me responderán... ¿Y si no responden?... ¡El profeta sepultado respondió a la encantadora de Endor! y el rey de Esparta supo su destino futuro por las sombras de la virgen de Bizancio. Había quitado la vida a la que amaba sin conocer que era su víctima, y murió sin obtener perdón. Fue en vano que invocase a Jupiter, y que por la voz de los magos de la Arcadia suplicase a la sombra irritada el ceder o a lo menos el fijar un término a su venganza. Obtuvo una respuesta oscura, pero que fue demasiado cierta[3].

Si yo no hubiese vivido nunca, lo que amo viviría todavía; si no hubiera amado nunca, lo que amo aun conservaría la hermosura, la felicidad y el don de poder hacer dichosos. ¿Que se ha hecho la víctima de mis maldades?... Un objeto en el cual no me atrevo a pensar... Nada quizás... De aquí a algunas horas habré salido de mis dudas... Sin embargo tiemblo al ver llegar el momento deseado... Hasta ahora jamás me ha hecho temblar el acercarse un espíritu bueno o uno malo... Me estremezco... Siento un peso de hielo sobre mi corazón. Pero puedo atreverme a lo que temo y desafiar los recelos de la materia. La noche llega....

[Se va.]

ESCENA III.

[La cumbre del monte Jungfro.]

EL PRIMER DESTINO.

El disco plateado de la luna empieza a brillar en los cielos. Nunca el pie de un mortal vulgar ha manchado las nieves sobre las cuales andamos durante la noche sin dejar ninguna huella. Apenas rozamos ligeramente esta mar de escarchas que cubre las montañas con sus olas inmóviles, semejantes a la espuma de las aguas que el frío ha helado repentinamente después de una tempestad; imagen de un abismo reducido al silencio de la muerte. Esta cumbre fantástica, obra de algún terremoto, y sobre la cual descansan las nubes de sus viajes vagabundos, esta consagrada a nuestros misterios y a nuestras vigiliass: yo espero en ella a mis hermanos que deben venir conmigo al palacio de Ariman; esta noche se celebra nuestra grande fiesta... ¿Porque tardan en venir?

[Una voz canta a lo lejos.]

El usurpador cautivo, precipitado del trono, sepultado en un infame reposo, estaba olvidado y

solitario: yo he interrumpido su sueño, le he dado el socorro de una multitud de traidores; el tirano esta todavia coronado. Pagara mis cuidados con la sangre de un millon de hombres, con la ruina de una nacion, y yo le abandonare de nuevo a la huida y a la desesperacion.

[Una segunda voz.]

Un navio bogaba rapidamente sobre las aguas, impulsado por los vientos propicios: he rasgado todas sus velas y roto todos sus masteleros, no ha quedado ni una sola tabla de esta ciudad flotante; no ha sobrevivido un solo hombre para llorar su naufragio... Me engano, hay uno que yo mismo he sostenido sobre las aguas por un mechon de sus cabellos ... era un sugeto muy digno de mis cuidados, un traidor en la tierra y un pirata en el Oceano. Sabra reconocer mis bondades por medio de nuevos crimenes.

EL PRIMER DESTINO.

[Respondiendo a sus hermanos.]

Una ciudad floreciente esta sumergida en el sueño, la aurora alumbrara su desolacion: la horrible peste ha caido de repente sobre los habitantes durante su descanso. Pereceran a millares. Los vivos huiran de los moribundos que deberian consolar; pero nada podra defenderlos de los tiros crueles de la muerte. El dolor y la desesperacion, la enfermedad y el terror envuelven a toda una nacion. ¡Dichosos los muertos de no ser testigos del espantoso espectaculo de tantos males! La ruina de todo un pueblo es para mi la obra de una noche; la he verificado en todos los siglos, y no sera todavia la ultima vez.

[Llegan el segundo y el tercer Destino.]

LOS TRES DESTINOS JUNTOS.

Nuestras manos encierran los corazones de los hombres, sus sepulcros nos sirven de tarima. No damos la vida a nuestros esclavos sino para volversela a quitar.

EL PRIMER DESTINO.

Salud, hermanos míos. ¿En donde esta Nemesis?

EL SEGUNDO DESTINO.

Prepara sin duda alguna grande obra, pero lo ignoro porque me encuentro demasiado ocupado.

EL TERCER DESTINO.

Vedle aqui.

EL PRIMER DESTINO.

¿De adonde vienes Nemesis? tu y mis hermanos habeis tardado mucho esta noche.

NEMESIS.

Estaba ocupada en levantar los tronos abatidos, en componer himnos funestos, en volver la corona a los reyes desterrados, en vengar a los hombres de sus enemigos a fin de hacerlos arrepentir de sus venganzas. He castigado con la locura a los que estaban detenidos por sabios, los gefes inhabiles han sido proclamados por mi, dignos de gobernar el mundo ... los mortales empezaban a disgustarse de los tiranos, se atrevian a pensar por si mismos, a poner los reyes en equilibrio, y a hablar de la libertad, que para ellos es el fruto vedado... Pero esta tarde ... montemos en nuestras nubes.

[Desaparecen.]

ESCENA IV.

[El palacio de Ariman.—Ariman esta sobre un globo de fuego que le sirve de trono, rodeado por los Espiritus.]

HIMNO DE LOS ESPIRITUS.

¡Salud a nuestro monarca! al principe de la tierra y de los aires, que vuela sobre las nubes y sobre las aguas. En su mano se halla el cetro de los elementos, quienes, a sus ordenes, se confunden como el tiempo del caos. Sopla, y una tempestad alborota los mares; habla, y las nubes le responden por la voz de los truenos; mira, y los rayos del dia desaparecen, anda, los terremotos conmueven el mundo. Los volcanes se forman bajo sus pasos. Su sombra es la verdadera peste; los cometas le preceden en los ardientes senderos de los cielos, y se reducen a cenizas al menor de sus deseos. La guerra le ofrece sus sacrificios, la muerte le paga su tributo; la vida de los hombres y sus innumerables dolores le pertenecen: es el alma de todo lo que existe.

[Entrada de los Destinos y de Nemesis.]

EL PRIMER DESTINO.

Gloria al grande Ariman. Su poder se estiende cada dia mas sobre la tierra: mis dos hermanos han ejecutado fielmente sus ordenes, y yo no he descuidado mi deber.

EL SEGUNDO DESTINO.

Gloria al grande Ariman, nosotros doblamos la rodilla a su presencia, nosotros, que pisamos las cabezas de los hombres.

EL TERCER DESTINO.

Gloria al grande Ariman; nosotros esperamos la senal de su voluntad.

NEMESIS.

Rey de los reyes, nosotros somos tus vasallos, y todos los seres que tienen vida lo son nuestros. Aumentar nuestro poder seria aumentar el tuyo; no olvidamos nada para conseguirlo. Tus ultimas ordenes quedan fielmente ejecutadas.

[Entra Manfredo.]

UN ESPIRITU.

¿Quien es este audaz? ¡un mortal! ¡temeraria criatura, pon la rodilla en tierra y adora!

SEGUNDO ESPIRITU.

Este hombre no me es desconocido, es un poderoso magico cuya ciencia es temible.

TERCER ESPIRITU.

Arrodillate y adora a Ariman, vil esclavo, ¿no reconoces a nuestro senor y al tuyo? Tiembla y obedece.

TODOS LOS ESPIRITUS.

Arrodillate, hijo del polvo vil, y teme nuestra venganza.

MANFREDO.

Conozco vuestro poder, y sin embargo ya veis que no obedezco.

UN CUARTO ESPIRITU.

Nosotros te enseñaremos a humillarte.

MANFREDO.

No tengo necesidad de aprenderlo. ¡Cuántas noches tendido sobre la árida arena y con la cabeza cubierta de ceniza, me he prosternado poniendo mi cara sobre la tierra! He caído en la última de las humillaciones; porque me he sometido a mi vana desesperación y a mi propia miseria.

QUINTO ESPIRITU.

¿Te atreves a negar al grande Ariman hallándose sobre su trono, lo que le concede toda la tierra, sin haber visto el terror de su gran poder? Prosternate te digo.

MANFREDO.

Que Ariman se prosterne delante del que es superior a él, delante del Eterno e Infinito, delante del soberano Criador, que no le ha destinado a que se le de adoración; que él se arrodille, y yo lo ejecutaré igualmente.

LOS ESPIRITUS.

Confundamos a este gusanillo; aniquilemosle.

EL PRIMER DESTINO.

Retiraos; este hombre es mío. Príncipe de las divinidades invisibles, este hombre no es de una naturaleza común, como lo atestiguan su aspecto y el encontrarse en estos lugares. Sus sufrimientos han sido de una naturaleza inmortal como la nuestra. Su ciencia, su poder y su ambición, tanto como lo ha podido permitir su exterior grosero que encierra una esencia etérea, le han elevado sobre todas las criaturas formadas de un barro impuro. No ha aprendido en los secretos que ha querido penetrar sino lo que conocemos todos nosotros, esto es, que la ciencia no es una felicidad y que no conduce sino a otra especie de ignorancia. Pero no es esto todo... Las pasiones, atributos de la tierra y del cielo, y de las cuales ningún poder, ningún ser está exento, desde el gusano hasta las sustancias celestes, las pasiones han devorado y han hecho de él un objeto tan miserable, que yo, que no puedo experimentar la piedad, perdono a los que la sienten en su favor. Este hombre es mío, y también puede ser tuyo todavía; pero en estas regiones ningún espíritu tiene un alma como la suya, y no puede tener el derecho de mandarle.

NEMESIS.

¿Que viene a buscar aquí?

EL PRIMER DESTINO.

Él es quien debe responder.

MANFREDO.

Vosotros sabéis hasta donde llegan mis conocimientos mágicos, y sin un poder sobrenatural no hubiera podido hallarme aquí; pero aun hay poderes superiores, y vengo a preguntar sobre lo que busco.

NEMESIS.

¿Que pides?

MANFREDO.

Tu no puedes responderme: llama a los muertos; a ellos se dirigirán mis preguntas.

NEMESIS.

Gran Ariman, ¿permite que se satisfagan los deseos de este mortal?

ARIMAN.

Si.

NEMESIS.

?A quien quieres sacar del sepulcro?

MANFREDO.

A un muerto que estuvo privado de sepultura: llama a Astarte.

NEMESIS.

Sombra o espiritu, sea lo que seas, que conservas todavia una parte de tu primera forma, o tu forma entera, sal de la tierra y vuelve a ver el dia. Vuelve con las mismas facciones, el mismo aspecto y el mismo corazon, huye de los gusanos de la tumba y vuelve a aparecer en estos lugares: el que puso un termino a tus dias es quien te llama.

[La sombra de Astarte comparece en medio de los
Espiritus.]

MANFREDO.

?Es la muerte la que veo? aun brillan los colores en sus mejillas; pero reconozco demasiado que no son colores vivientes. El encarnado no es natural, se parece al que produce el otono sobre las hojas marchitas. Ella es ciertamente, io cielo! y yo itiemblo al mirarla, al mirar Astarte! No, no puedo hablarle, pero quiero que ella hable, que me condene o me perdone.

NEMESIS.

Por el poder que te ha hecho salir de la sepultura que te servia de prision, habla al que acabas de oir, o a aquellos que te han invocado.

MANFREDO.

Guarda silencio; y para mi es una respuesta cruel.

NEMESIS.

Mi poder no va mas lejos. Principe del aire, tu solo puedes ordenarle el hacer oir su voz.

ARIMAN.

Espiritu obedece a este espectro.

NEMESIS.

iTodavia calla! no esta pues bajo nuestro imperio, pero pertenece a otros poderes. Mortal, tu pregunta es escusada, y nosotros estamos confusos igualmente que tu.

MANFREDO.

iEscuchame! iAstarte, mi querida, oyeme y dignate hablarme! He sufrido tanto, sufro todavia tan cruelmente imirame! ila muerte no te ha cambiado tanto, como yo debo parecerlo a tu vista! tu me amaste demasiado tiernamente y mi amor era digno del tuyo. No hemos nacido para atormentarnos uno y otro de este modo por culpable que haya sido nuestro amor. Dime que no me detestas, que yo solo sea castigado por los dos, que tu seras recibida en el numero de los bienaventurados y que yo debo morir. Porque hasta ahora todo lo que hay de mas odioso conspira a encadenarme con la existencia, a una existencia que me hace ver con terror la inmortalidad, y un porvenir semejante a lo pasado. No puedo encontrar ningun descanso. Ignoro yo mismo lo que deseo y lo que busco, y no siento sino lo que tu

eres y lo que soy. Quisiera oír tu voz todavía una vez antes de morir, la voz que para mi oído era la más dulce melodía. Responde, ¡oh querida mía! te he llamado en las sombras de la noche; he asustado a los pájaros dormidos bajo las hojas silenciosas, he despertado al lobo en las montañas, y he hecho conocer tu nombre a los ecos de las cavernas más sombrías. El eco me ha respondido, los espíritus y los hombres también me han respondido, tú sola has permanecido muda. He visto sucederse el giro de las estrellas en la bóveda celeste; he dirigido mi vista hacia ellas para ver si podía descubrirte; he recorrido la tierra para ver si encontraba alguna cosa que se te pareciera: dignate de hablarme finalmente; mira a esos espíritus que nos rodean que se enternecen al oír mis quejas; yo los miro sin terror y solo lo tengo por ti; dignate de hablarme aunque no sea sino para manifestar tu enojo; dime a lo menos... Yo no sé lo que deseo; pero dejame todavía oír tu voz por la última vez.

LA SOMBRA DE ASTARTE.

¡Manfredo!

MANFREDO.

¡Ah! prosigue por favor: esta voz me reanima; es la tuya seguramente.

LA SOMBRA.

¡Manfredo! mañana se acabaran tus dolores terrestres. ¡A Dios!

MANFREDO.

Todavía una palabra ¡una sola palabra! ¿estoy perdonado?

LA SOMBRA.

¡A Dios!

MANFREDO.

¿No nos veremos más?

LA SOMBRA.

¡A Dios!

MANFREDO.

¡Ah! por compasión, todavía una palabra; dime si me amas.

LA SOMBRA.

¡Manfredo!

[Desaparece.]

NEMESIS.

Se ha ido y no volverá a aparecer: sus palabras se cumplieran; vuelvete a la tierra.

UN ESPIRITU.

Se encuentra en las convulsiones de la desesperación; ved los mortales: quieren penetrar los secretos que son superiores a su naturaleza.

OTRO ESPIRITU.

¡Pero ved como se domina a sí mismo, y como somete sus tormentos a su voluntad! si hubiese sido un

espíritu como nosotros hubiera sobrepujado a todas las otras inteligencias celestes.

NEMESIS.

¿Tienes todavía que hacer alguna pregunta a nuestro augusto monarca o a sus vasallos?

MANFREDO.

Ninguna.

NEMESIS.

A Dios hasta la vista.

MANFREDO.

¿Nosotros volveremos pues a vernos?

¿Pero en donde, sobre la tierra?

No importa; adonde tu quieras.

A Dios, te doy gracias por el favor que acabas de concederme.

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO III, ESCENA PRIMERA.

[Una habitación del castillo de Manfredo.]

MANFREDO Y HERMAN.

MANFREDO.

¿Se acabará bien pronto el día?

HERMAN.

Todavía falta una hora, y el sol va a ocultarse; todo nos anuncia una hermosa noche.

MANFREDO.

¿Lo has dispuesto todo en la torre, según lo he ordenado?

HERMAN.

Todo está pronto, señor, ve la llave y la arquilla.

MANFREDO.

Esta bien, puedes retirarte.

[Herman se va.]

MANFREDO *solo.*

Esperimento una calma y una tranquilidad que no habia conocido en mi vida. Si yo no supiese que la filosofia es la mas loca de nuestras vanidades, y la palabra mas vacia de sentido entre todas las inventadas en la jerga de nuestras escuelas, creeria que el secreto del oro, es decir la piedra filosofal tan buscada, se hallaba finalmente en mi alma. Este estado tan lisonjero no puede ser durable, pero ya es mucho el haberlo conocido aunque haya sido una sola vez. Ha enriquecido mis ideas con un nuevo sentido; y quiero escribir en mi libro de memoria que existe este sentimiento... ?Quien esta ahi?

[Herman vuelve a entrar.]

HERMAN.

Senor, el abad de San Mauricio pide permiso para hablaros.

[Entra el Abad.]

EL ABAD.

Que la paz sea con el conde Manfredo.

MANFREDO.

Mil gracias, padre mio: que seais bien venido en este castillo, vuestra presencia me honra y es una bendicion para los que le habitan.

EL ABAD.

Lo deseo conde, pero quisiera hablaros sin testigos.

MANFREDO.

Herman, retirate. ?Que es lo que me quiere mi respetable huesped?

EL ABAD.

Quiero hablar sin rodeos: mis canas y mi celo, mi ministerio y mis piadosas intenciones me serviran de disculpa: tambien invoco mi calidad de vecino, aunque nos visitemos muy rara vez.

Varias voces estranas y escandalosas ultrajan vuestro nombre; un nombre ilustre hace muchos siglos. ¡Ah! ¡ojala que pueda trasmitirse sin mancha a vuestros descendientes!

MANFREDO.

Proseguid, os escucho.

EL ABAD.

Se dice que estudiais secretos que no estan permitidos a la curiosidad del hombre, y que os habeis puesto en comunicacion con los habitantes de las oscuras moradas, y con la multitud de espíritus malignos que se hallan errantes en el valle al que da sombra el arbol de la muerte. Se que vivis muy retirado y que tratais muy rara vez con los hombres vuestros semejantes; se que vuestra soledad es tan severa como la de un prudente anacoreta; ¡y que no es tan santa!

MANFREDO.

?Y quienes son los que estienden estas voces?

EL ABAD.

Mis hermanos en Dios, los paisanos asustados, vuestros propios vasallos que observan vuestra inquietud. Vuestra vida corre el mayor peligro.

MANFREDO.

¿Mi vida? yo os la abandono.

EL ABAD.

Yo he venido para procurar vuestra salvacion y no vuestra perdida... No quisiera penetrar los secretos de vuestra alma; pero si lo que se dice es cierto, todavia es tiempo de hacer penitencia y de impetrar misericordia; reconciliaos con la verdadera iglesia, y esta os reconciliara con el cielo.

MANFREDO.

Os entiendo; ved mi respuesta. Lo que fui y lo que soy no lo conocen sino el cielo y yo. No escogere un mortal por mediador ¿he quebrantado algunas leyes? que se pruebe y se me castigue.

EL ABAD.

Hijo mio, yo no he hablado de castigo y si de perdon y de penitencia: vos sois quien debe escoger; nuestros dogmas y nuestra fe me han dado el poder de dirigir a los pecadores por la senda de la esperanza y de la virtud, y dejo al cielo el derecho de castigar: "La venganza pertenece a mi solo," ha dicho el Señor, y es con humildad como su siervo repite estas augustas palabras.

MANFREDO.

Anciano, ninguna cosa puede arrancar del corazon el vivo sentimiento de sus crímenes, de sus penas, y del castigo que se inflige a si mismo: nada: ni la piedad de los ministros del cielo, ni las oraciones, ni la penitencia, ni un semblante contrito, ni el ayuno, ni las zozobras, ni los tormentos de aquella desesperacion profunda que nos persigue por medio de los remordimientos sin amedrantarnos con el infierno, pero que el solo bastaria para hacer un infierno del cielo. No hay ningun tormento venidero que pueda ejercer semejante justicia sobre aquel que se condena y se castiga a si mismo.

EL ABAD.

Estos sentimientos son laudables, porque algun dia haran lugar a una esperanza mas dulce. Vos os atreveréis a mirar con una tierna confianza la dichosa morada que esta abierta a todos aquellos que la buscan, cualesquiera que hayan sido sus yerros sobre la tierra; pero para espiarlos es preciso empezar por conocer la necesidad de ejecutarlo. Proseguid conde Manfredo ... todo lo que nuestra fe podra saber se os enseñara y quedareis lavado de todo lo que pudiesemos absolveros.

MANFREDO

Cuando el sexto emperador de Roma vio llegar su ultima hora, victima de una herida que se habia hecho con su propia mano a fin de evitar la vergueenza del suplicio que le preparaba un senado que antes era su esclavo un soldado conmovido en apariencia de una generosa piedad, quiso estancar con su vestido la sangre del emperador: el Romano espirando no lo permite y le dice con una mirada que manifestaba todavia su antiguo poder: ¡Es demasiado tarde! ¿es esta tu fidelidad?

EL ABAD.

¿Que quereis decir con esto?

MANFREDO.

Respondo como el, es demasiado tarde.

EL ABAD.

Jamas puede serlo para reconciliaros con vuestra alma, y para reconciliarla con Dios. ¿No teneis ya esperanza? Estoy admirado: aquellos que desesperan del cielo se crean sobre la tierra alguna fantasma que es para ellos como la debil rama a la que se agarra un desgraciado que se esta ahogando.

MANFREDO.

¡Ah! padre mio; iyo tambien en mi juventud he tenido ilusiones terrestres y nobles inspiraciones! entonces hubiera querido conquistar los corazones de los hombres e instruir a todo un pueblo; hubiera querido elevarme, pero no sabia hasta que altura ... quizas para volver a caer; pero para caer como la catarata de las montanas, que precipitada desde la cumbre orgullosa de las rocas, acumula una onda subterranea en las profundidades de un abismo; pero temible todavia, vuelve a subir sin cesar hasta los cielos en columnas de vapores que se transforman en nubes lluviosas. Este tiempo paso; mis pensamientos se han enganado a si mismos.

EL ABAD.

?Y porque?

MANFREDO.

No podia humillar mi orgullo, porque para poder mandar algun dia, es necesario primero obedecer, lisonjear y pedir, espiar las ocasiones, multiplicarse a fin de encontrarse en todas partes, y hacerse una costumbre de ocultar la verdad; ved como se consigue el dominar los espíritus cobardes y bajos, y asi son los de los hombres en general. Desprecie el hacer parte de una camada de lobos aunque hubiera sido para guiarlos. El leon esta solo en el bosque que habita; yo estoy solo como el leon.

EL ABAD.

?Y porque no vivir y obrar como los demas hombres?

MANFREDO.

Sin haber nacido cruel, mi corazon no amaba las criaturas vivientes, hubiera querido encontrar una horrible soledad, pero no formarmela yo mismo; queria ser como el salvaje *Simoun* que solo habita el desierto, y cuyo soplo devorador no trastorna sino una mar de aridas arenas en donde su furor no es funesto a ningun arbolillo: no busca la morada de los hombres, pero es muy terrible para los que vienen a arrostrarlo. Tal ha sido el curso de mi vida, y mientras he vivido he encontrado objetos que ya no existen.

EL ABAD.

Empiezo a temer que mi piedad y mi ministerio no pueden seros utiles. Tan joven todavia ... me cuesta mucho el....

MANFREDO.

Miradme, hay algunos mortales en la tierra que se hacen viejos en su juventud y que mueren antes de haber llegado el verano de su vida, sin que hayan buscado la muerte en los combates. Unos son victimas de los placeres, otros del estudio, estos a causa del trabajo y aquellos por el fastidio. Hay algunos que perecen de enfermedad, de demencia, o en fin de penas del corazon, y esta ultima enfermedad, ofreciendose bajo todas las formas y bajo todos los nombres, hace mas estragos que la guerra. Miradme; porque no hay ninguno de estos males que yo no haya sufrido, y uno solo basta para terminar la vida de un hombre. No os admireis ya de lo que soy, pero si sorprendeos de que haya existido y de que este todavia sobre la tierra.

EL ABAD.

Dignaos sin embargo escucharme....

MANFREDO [*con viveza.*]

Anciano, respeto tu ministerio y reverencio tus canas; creo que tus intenciones son piadosas; pero es en vano. No me supongais una facil credulidad, y solo por la consideracion que os tengo, evito una conversacion mas larga. A Dios.

[Manfredo se va.]

EL ABAD.

Este hombre hubiera podido ser una criatura admirable; y tal como es, presenta un caos que sorprende. Una mezcla de luz y de tinieblas, de grandeza y de polvo, de pasiones y de pensamientos generosos, que en su confusion y en sus desordenes, quedan en la inaccion o amenazan el destruirlo todo. La energia de su corazon era digna de animar elementos mejor combinados: va a perecer y quisiera salvarle. Hagamos una segunda tentativa; un alma como la suya merece muy bien el ganarla para el cielo. Mi deber me ordena el atreverme a todo para conseguir el bien; lo seguire, pero sera con prudencia.

[El Abad se va.]

ESCENA II.

[Otra habitacion.]

MANFREDO Y HERMAN.

HERMAN.

Senor, vos me habeis ordenado el venir a encontraros al ponerse el sol; vedle que va a eclipsarse detras de la montana.

MANFREDO.

¡Bien! quiero contemplarle.

[Manfredo se adelanta hacia la ventana del cuarto.]

Astro glorioso, adorado en la infancia del mundo por la raza de hombres robustos, por los gigantes nacidos de los angeles con un sexo que, mas hermoso que ellos mismos, hizo caer en el pecado a los espíritus escarriados, desterrados del cielo para siempre[4]; astro glorioso, tu fuiste adorado como el dios del mundo, antes que el misterio de la creacion fuese revelado; obra maestra del Todopoderoso, tu fuiste el primero que regocijastes el corazon de los pastores caldeos sobre la cumbre de sus montanas, y el reconocimiento les inspiro bien pronto los homenajes que te dirigieron; divinidad material, tu eres la imagen del gran desconocido que te ha escogido para que seas su sombra; rey de los astros, y centro de mil constelaciones, a ti es a quien la tierra debe su conservacion; padre de las estaciones, rey de los climas y de los hombres: las inspiraciones de nuestros corazones, y las facciones de nuestros rostros son la influencia de tus rayos. No hay ninguna cosa que iguale la pompa de tu salida, de tu curso y de tu puesta... A Dios, ya no te vovere a ver; mi primera mirada de amor y de admiracion fue para ti; recibe tambien la ultima: nunca alumbraras a un mortal, a quien el don de tu luz y tu calor suave hayan sido mas fatales que a mi... Se ha ocultado ... quiero seguirle.

[Manfredo se va.]

ESCENA III.

[Por una parte se ven las montanas y por la otra el castillo de Manfredo y una torre con una azotea. Empieza la noche.]

HERMAN, MANUEL *y otros criados de Manfredo.*

HERMAN.

Es bien extraño que despues de muchos anos, el conde Manfredo haya pasado todas las noches en velar sin testigos dentro de esta torre. Yo he entrado en ella, no conocemos todo el interior, pero ninguna cosa de las que encierra ha podido instruirnos de lo que hace nuestro amo. Es cierto que hay un cuarto en el que ninguno de nosotros ha entrado; yo daria todo lo que tengo para sorprenderle cuando se encuentra ocupado en sus misterios.

MANUEL.

Esto no podria ser sin peligro; contentate con lo que sabes.

HERMAN.

¡Ah! Manuel, tu eres sabio y discreto como un viejo; pero tu podrias decirnos muchas cosas. ¿Cuanto tiempo hace que habitas este castillo?

MANUEL.

He visto nacer al conde Manfredo; entonces ya servia a su padre, al que se parece muy poco.

HERMAN.

Lo mismo puede decirse de muchos hijos; ¿pero en que se diferenciaba del suyo el conde Segismundo?

MANUEL.

No hablo de las facciones, pero si del corazon y del genero de vida. El conde Segismundo era arrogante, pero alegre y franco: gustaba de la guerra y de la mesa, y era poco aficionado a los libros y a la soledad, no ocupaba las noches en sombríos desvelos; las suyas estaban consagradas a los festines y a las diversiones. No se le veia ir errante por las montanas o por los bosques, como uen lobo silvestre, no huia de los hombres ni de sus placeres.

HERMAN.

¡Por vida mia! ¡vivan estos tiempos dichosos! ¡Quisiera ver a la alegria que viniese a visitar de nuevo estas antiguas murallas! Parece que las ha olvidado del todo.

MANUEL.

Era necesario primeramente que el castillo cambiase de señor. ¡Oh! ¡he visto aqui cosas tan estranas, Herman!

HERMAN.

¡Y bien! dignate de hacer confianza de mi; cuéntame algunas cosas para pasar el rato: te he oido hablar vagamente sobre lo que sucedio en otros tiempos en esta misma torre.

MANUEL.

Me acuerdo que una tarde a la hora del crepusculo, una tarde semejante a esta, la nube rojiza que corona la cima del monte Eigher estaba en el mismo parage, y quizas era la misma nube, el viento era flojo y tempestuoso, la luna empezaba a lucir sobre el manto de nieve que cubre las montanas; el conde Manfredo estaba como ahora en su torre: ¿que hacia alli? lo ignoramos; pero estaba con el la sola companera de sus paseos solitarios y de sus desvelos, el unico ser viviente a quien manifestaba amar; los lazos de la sangre se lo ordenaban, es cierto; era su querida Astarte; era su... ¿Quien esta, ahi?

[Entra el Abad de San Mauricio.]

EL ABAD.

¿En donde esta vuestro amo?

HERMAN.

Esta en la torre.

EL ABAD

Es preciso que yo le hable.

MANUEL

Es imposible, esta solo, y nos esta prohibido el introducir a nadie.

EL ABAD.

Yo lo tomo sobre mi ... es preciso que yo le vea.

HERMAN.

?No le habeis ya visto esta tarde?

EL ABAD.

Herman, yo te lo ordeno, ves a llamar a la puerta y a prevenir al conde acerca de mi visita.

HERMAN.

Nosotros no nos atrevemos.

EL ABAD.

iY bien! yo mismo ire a anunciarme.

MANUEL.

Mi respetable padre, deteneos, os lo suplico.

EL ABAD.

?Porque?

MANUEL.

Esperad un momento, y yo me esplicare en otro parage.

[Se van.]

ESCENA IV.

[El interior de la torre.]

MANFREDO *solo.*

Las estrellas se ponen en orden en el firmamento; la luna se manifiesta sobre la cumbre de las montanas coronadas de nieve: iadmirable espectaculo! conozco que amo todavia a la naturaleza, porque el aspecto de la noche me es mas familiar que el de los hombres, y es en sus tinieblas silenciosas y solitarias, bajo la boveda estrellada de los cielos, en donde he aprendido el idioma de otro

universo.

Me acuerdo que cuando viajaba en tiempo de mi juventud, me encontré en una noche semejante en el recinto del Coliseo en medio de todo lo que nos queda de más grande de la ciudad de Romulo. Un viso sombrío oscurecía el ramaje de los árboles que crecen sobre los arcos arruinados, y las estrellas brillaban al través de las grietas que presentaban aquellas ruinas. A lo lejos los ladridos de los perros resonaban en la otra margen del Tiber; más cerca de mí, el grito lugubre de los buhos salía del palacio de Cesar, y el viento me traía los sonidos moribundos del canto nocturno de las centinelas. Por la parte de la brecha, que el tiempo ha abierto al circo, parecía que los cipreses adornaban el horizonte y solo estaban a la distancia de un tiro; en estos mismos lugares, que fueron la morada de los Cesares, y que en el día están habitados por los pájaros nocturnos que hacen oír sus cantos aciagos, se elevan sobre las murallas demolidas los árboles cuyas raíces se entrelazan bajo el domicilio imperial, y la hiedra rastrera se apodera del terreno destinado a criar el laurel; pero el circo sangriento de los gladiadores, ruina noble e imponente, está todavía de pie, mientras que los palacios de mármol de Cesar y de Augusto no presentan sobre la tierra sino escombros ignorados. Tu alumbrabas con tus rayos a la antigua reina del mundo, astro pacífico de las noches, tú dejabas caer una luz pálida y melancólica que suavizaba el aspecto austero y doloroso de sus antiguos escombros, y llenaba en algún modo el vacío de los siglos. Todo lo que subsiste todavía de hermoso y de grande recibía de ti un nuevo esplendor, y lo que ya no existe parecía que había vuelto a tomar su antigua brillantez; en estos lugares todo inspiró mi entusiasmo, y mi corazón conmovido adoro silenciosamente a los grandes hombres de otros tiempos. Creí ver a todos los héroes que ya han pasado y a todos los soberanos coronados que todavía gobiernan nuestras almas desde el fondo de sus sepulcros....

Era una noche semejante a esta. ¡Es una cosa particular que me la recuerde en este momento! pero he experimentado muchas veces que nuestros pensamientos se nos escapan y se pierden lejos de nosotros, en el momento en que quisieramos concentrarlos en una meditación solitaria.

[Entra el Abad de San Mauricio.]

EL ABAD.

Debo pedirte perdón de esta segunda visita; pero dignaos no mirar como una ofensa la indiscreta importunidad de mi celo. ¡Recibo con gusto contra mí lo que tiene de culpable, y que lo que tenga de bueno pueda ilustrar vuestro espíritu! ¡que no pueda yo decir vuestro corazón! Si consiguiese ablandarlo por medio de mis exhortaciones y de mis oraciones, pondría en el buen camino a un corazón noble que se encuentra escurriado, pero que todavía no está perdido.

MANFREDO.

Tú no me conoces. Mis días están ya contados, y mis acciones están escritas en el libro del cielo. Retírate, tu permanencia aquí te sería perjudicial; retírate.

EL ABAD.

¿Es una amenaza la que me anunciáis?

MANFREDO.

No, te advierto sencillamente que hay peligro para ti, y yo quisiera preservarte de él.

EL ABAD.

¿Que quereis decir?

MANFREDO.

Mira, ¿no ves nada?

EL ABAD.

Nada.

MANFREDO.

Mira bien, te digo y sin temblar.
?Que ves ahora?

EL ABAD.

Veo lo que es muy capaz de hacerme temblar, pero no temo nada, veo un espectro sombrío y terrible que sale de la tierra como una divinidad infernal. Su frente esta cubierta con un velo negro, y su cuerpo parece que se halla rodeado de nubes aciagas; pero yo no le temo.

MANFREDO.

Tu no tienes que temer, es cierto; pero su aspecto puede paralizar tus miembros cargados de anos. Lo repito, retírate.

EL ABAD.

Y yo repito que no me retirare sin que haya hecho desaparecer este espectro... ?Que hace aqui?

MANFREDO.

Lo ignoro: no le he llamado, el ha venido por su voluntad.

EL ABAD.

¡Ay! hombre perdido! ?que teneis que tratar con semejantes huespedes? tiemblo por vos, ?porque os mira fijamente y vos a el? ¡Ah! vedle que descubre su rostro, las cicatrices del rayo vengador estan grabadas sobre su frente, y en sus ojos brilla la inmortalidad del infierno. ¡Lejos de aqui!...

MANFREDO [*al Espiritu*].

?Cual es tu mision?

EL ESPIRITU.

Ven.

EL ABAD

?Quien eres, espiritu desconocido? habla, responde.

EL ESPIRITU.

El genio de este hombre. [*A Manfredo.*]
Ven, ya es tiempo.

MANFREDO.

Estoy pronto a todo, pero no reconozco el poder que me llama, ?quien te envia aqui?

EL espiritu.

Tu lo sabras despues. ¡Ven! ¡ven!

MANFREDO.

He mandado a seres de una esencia superior a la tuya, he resistido a sus superiores: alejate de estos lugares.

EL ESPIRITU.

¡Mortal! tu hora ha llegado. Ven te digo.

MANFREDO.

Ya se que mi hora ha llegado, pero no sera a un ser tal como tu a quien entregare mi alma.

EL ESPIRITU.

¿Llamare pues a mis hermanos?...

Apareced.

[Aparecen los otros Espiritus.]

EL ABAD.

Alejaos, espíritus malignos, huid os digo; vosotros no teneis poder en los parages en donde se encuentra la piedad. Huid, os lo ordeno en nombre de....

EL ESPIRITU.

Anciano, nosotros conocemos nuestra mision y tu ministerio, no pierdas tus palabras sagradas; serian inutiles. Este hombre esta condenado, y por la ultima vez le intimo que venga.

MANFREDO.

Yo os desafio a todos; aunque sienta que mi alma se me ausenta, os desafio a todos. No os seguire mientras que me quede un soplo de vida para luchar aunque sea con los demonios: si quereis arrancarme de aqui no lo conseguireis sino miembro por miembro.

EL ESPIRITU.

¡Mortal rebelde! ¿eres tu el magico que se atrevio a arrojarse al mundo invisible y hacerte casi nuestro igual? ¿eres tu el que quieres conservar una vida que te ha sido tan funesta?

MANFREDO.

Espiritu impostor, mientes; se que ha llegado la ultima hora de mi vida y no quisiera retardarla un momento. No lucho contra la muerte y si contra ti y contra los angeles de tu sequito. No fue por medio de un pacto contigo y con tus companeros por lo que adquiri un poder sobrenatural; fue mi ciencia superior, mis privaciones, mi audacia, mis dilatados desvelos, mi fuerza de alma y mi habilidad en descubrir los secretos de los tiempos antiguos en los que se veia a los hombres y a los espíritus marchar juntamente e ignorar injustos privilegios. Me encuentro satisfecho de mis propias fuerzas, os desafio, y os desprecio.

EL ESPIRITU.

Tus crímenes te han hecho....

MANFREDO.

¿Que te importan mis crímenes? ¿Seran castigados por otros crímenes o por otros mayores criminales? Vuelve a sumergirte en el infierno, yo permanezco aqui; tu no tienes ningun poder sobre mi, y se que nunca me poseeras. Lo que he hecho, esta ya hecho; llevo en mi pecho un tormento al cual no anadira nada el que puedes causarme; un alma inmortal se recompensa o se castiga a si misma; independiente de los lugares y de los tiempos, lleva consigo el origen y el termino de de sus males; una vez despojada de su cubierta mortal, su sentimiento interno no presta ningun color a los vagos objetos que la rodean, pero se encuentra absorbida en las penas o en la dicha que nacen del conocimiento de sus crímenes o de sus virtudes. Tu no has podido tentarme ni enganarme un momento: ¿porque vienes a buscar una presa que jamas te pertenecera? Me he perdido a mi mismo, y sere mi propio verdugo. (*A todos.*) Huid, demonios impotentes; la mano de la muerte esta sobre mi, pero no la vuestra.

[Los demonios desaparecen.]

EL ABAD.

¡Ay! vuestra frente se pone palida, vuestros labios pierden el color, vuestro corazón está oprimido, y vuestros acentos salen con un sonido ronco de vuestro pecho palpitante. Dirigid vuestras oraciones al cielo, suplicad a lo menos con el pensamiento ... pero no os entregéis a la muerte de este modo.

MANFREDO.

Esto es hecho, mis ojos no pueden mirarte, todo se mueve a mi alrededor, y la tierra parece que se hunde bajo mis pasos. A Dios padre mío; dadme la mano.

EL ABAD.

Esta fría ... también lo está su corazón. Una sola suplica... ¡Ay! ¿qué es lo que va a sucederle?

MANFREDO.

Anciano, el morir no es difícil.

[Espira.]

EL ABAD.

Ya no existe; su alma ha tomado vuelo: ¿a dónde irá?... Temo el pensarlo ... murió[5]....

FIN.

* * * * *

NOTAS DE MANFREDO.

1 ... Es el efecto que producen los rayos del sol sobre la parte interior de los torrentes de los Alpes: ninguna cosa tiene más semejanza a un arco iris tan inmediato a la tierra que se puede pasear al instante por debajo. Este fenómeno dura hasta el mediodía.

2 ... El filósofo Jamblico. La historia de la invocación de Eros y de Anteros se encuentra en su vida escrita por Eunopino.

3 ... La historia de Pausanias rey de Esparta, y de Cleonice, nos ha sido transmitida por Plutarco (vida de Cimón) y por Pausanias el sofista en su Descripción de la Grecia.

El rey Pausanias es el que mandaba a los Griegos en la batalla de Platea y que pereció después, convencido de haber querido hacer traición a los Lacedemonios.

4 ... *Los hijos de Dios* vieron a las hijas de los hombres y las encontraron hermosas etc.

En aquellos tiempos había gigantes en la tierra; y cuando los *hijos de Dios* hubieron

conocido a las hijas de los hombres y las hubieron hecho hijos, estos mismos hijos se hicieron hombres poderosos e ilustres segun el siglo.

Genesis, cap. vi, ver. 3 y 4.

5 ..."¡Ay! cuando un dia el alma se vera finalmente libre de los lazos odiosos del cuerpo, y no conservara de la vida material sino lo que le queda a una ligera mariposa que acaba de romper su prision de invierno; cuando los elementos se reuniran a los elementos semejantes y que el polvo ya no sera sino polvo, ¿no sentire entonces realmente todo lo que creo ver: los espíritus aereos, el pensamiento incorporeo, y el genio de cada parage, cuya inmortal existencia esperimento algunas veces?"

(Childe-Harold, canto iii.)

En este pasaje y en otros muchos, lord Byron manifiesta el deseo de comunicar con los espíritus, lo mismo que Manfredo, y de irse lejos del mundo en donde le cuesta mucho trabajo el marchar por el terreno rastrero de los pormenores de la vida. Identificandose tambien con el personaje de Manfredo, el poeta pinta con colores muy vivos, las fuertes agitaciones, las pasiones turbulentas, y la vuelta contemplativa sobre el destino, que nos hacen conocer el fondo de su corazon. La musa de lord Byron ambiciona la gloria de inspirarnos simpatia con una clase de personas con las cuales nos avergonzariamos de reconocernos la menor conformidad de sentimientos. En despecho de nuestras reclamaciones en favor de los principios de gusto y de moral, el poeta se apodera de nosotros, por decirlo asi, con la mano de un genio sombrío, y forzandonos a descender en los secretos pensamientos de nuestro corazon, nos descubre alli, admirandonos de espanto, el germen de las negras ideas a que se abandonan todos sus heroes. Poco le importan las consecuencias morales, con tal que escite las agitaciones casi involuntarias que le hacen dueno de la imaginacion de sus lectores.

En Manfredo, lord Byron parece adoptar al principio bajo nombres persas, la creencia de los maniqueos que admiten en el mundo intelectual la oposicion poderosa del principio del mal, contrariando sin cesar a la eterna Providencia. Manfredo reconoce sin embargo y fuerza al mismo Ariman a reconocer la supremacia del dios del bien, cuando rehusa el doblar la rodilla y proclama un ser delante del cual deben temblar los genios malignos. Es una grande concesion la que hace aqui lord Byron a la moral religiosa; pues le vemos, muy a menudo armarse de una duda sacrilega, atacar toda revelacion venida de arriba, y hasta lo que nos descubre un sentimiento intimo, la existencia de un criador.

Se ve facilmente que el drama de Manfredo no ha sido nunca destinado a la representacion teatral: cuando mas podria confiarse a los actores de la Panhipocriada de M. Lemerrier.

Este drama ofrece numerosas relaciones con el de Faust que analiza madama de Staël con su talento acostumbrado. Vamos a ensayar por medio de algunos extractos de ambas obras el modo de que el lector pueda comparar el espíritu de estas dos piezas extraordinarias. Primeramente debe notarse que la nobleza y dignidad tragica no cesan nunca de caracterizar el estilo de lord Byron, mientras que Goethe ha introducido en la escena personajes de la infima plebe, que se esplican en el innoble lenguaje de su estado y que parecen no representar su papel, sino para probar que el autor esta tan acostumbrado a las conversaciones bajas de los bodegones, como a las maneras elegantes de la corte; pero no puede juzgarse a Goethe segun los principios establecidos, porque ha afectado el escribir contra todas las reglas; "no se puede ir mas lejos en pensamientos atrevidos, y la memoria que queda de este escrito conserva siempre un poco de desvario." Pero este talento no debe ser muy envidiado ni admirado, porque brilla particularmente a espensas de la moral, del juicio interno y de la religion. Goethe no trata solamente de destruir todos los consuelos de la vida presente, probando que el hombre esta destinado a la miseria desde su nacimiento, sean cuales fueren su rango, su fortuna y su inteligencia, pero procura tambien despojarle de la sola esperanza que le queda cuando se halla en el colmo de la desgracia: la promesa de una felicidad futura. Faust es un hechicero como Manfredo "sus conocimientos profundos no le preservan del fastidio de la vida; ensayo para librarse de el, el hacer un pacto con el diablo y este concluyo con llevarsele. Ved la

primera palabra que ha dado a Goethe su obra singular."

"El diablo es el heroe de esta pieza: el autor no le ha concebido como una fantasma hedionda, tal como se acostumbra a representarle a los ninos; ha hecho de el un malvado por escelencia, acerca de quien todos los malos, y el de Gresset en particular, no son sino novicios, apenas dignos de ser los criados de Mefistofeles. (Este es el nombre del demonio que se hace amigo de Faust.)

"Goethe ha querido representar en este personage real y fantastico a un mismo tiempo, la mas amarga chanza que ha podido inspirar el desprecio, y no obstante tiene una alegria audaz que entretiene. En los discursos de Melistofeles hay una ironia infernal que se dirige a la creacion toda entera, y juzga al universo como un mal libro cuyo censor es el diablo.

"Faust reúne en su caracter todas las debilidades de la humanidad: deseos de saber y fatigas del trabajo, necesidad del buen resultado y saciedad del placer. Es un perfecto modelo del ser variable y movable cuyos sentimientos son todavia mas efimeros que la corta vida de que se lamenta. Faust tiene mas ambicion que fuerza, y la agitacion interior le dispone contra la naturaleza y le hace recurrir a todos los sortilegios para libertarse de todas las condiciones duras, pero necesarias, impuestas al hombre mortal. En la primera escena se le ve en medio de sus libros y de un numero infinito de instrumentos de fisica y de frascos de quimica. Su padre se ocupaba tambien de las ciencias y le trasmitiese el gusto y la costumbre. Una sola lampara da luz al retiro sombrío, y Faust estudia sin cesar la naturaleza y particularmente la magia, de cuyos secretos ya posee algunos.

"Quiere hacer aparecer uno de los genios creadores del segundo orden; el genio viene, y le aconseja no elevarse sobre la esfera del espiritu humano." Corresponde a nosotros, le dice, el sumergirnos en el tumulto de la actividad, en las olas eternas de la vida que el nacimiento y la muerte elevan y precipitan, rechazan y vuelven a traer. Nosotros estamos criados para trabajar en la obra que Dios nos manda y cuya trama cumple el tiempo. Pero tu, que no puedes concebir sino a ti mismo, tu que tiemblas cuando quieres profundizar tu destino, y que mi soplo hace estremecer, dejame, no me llames mas." Cuando el genio desaparece una desesperacion profunda se apodera de Faust, y quiere envenenarse.

"¡Es pues hacia ti, licor ponzonoso, que mis miradas se fijan! Tu que das la muerte, te saludo como a una palida luz en un bosque sombrío. En ti honro la ciencia y el espiritu del hombre; tu eres la mas dulce esencia de los jugos que proporcionan el sueno. Tu contienes las fuerzas que destruyen la vida, ven a mi socorro, ya veo que se calma la agitacion de mi espiritu. Quiero arrojarme al mar: las aguas cristalinas brillan a mis pies como un espejo. Un nuevo dia me llama hacia la otra orilla; un carro de fuego pasa sobre mi cabeza, quiero subir en el, sabre recorrer las esferas etereas y gustar las delicias de los cielos.

"Pero ¿como merecerlas en mi abatimiento? Si, yo lo puedo, si me atrevo a hacerlo, si derribo con valor las puertas de la muerte, delante de las cuales todos pasan temblando. Ya es tiempo de manifestar la dignidad del hombre. Ya no es necesario que tiemble a la orilla del abismo en donde su imaginacion se condena a si misma a sus propios tormentos, y en donde las llamas del infierno parece que impiden el acercarse. Quiero verter el mortal veneno en esta copa de cristal puro. ¡Ay! en otros tiempos tenia un uso diferente: se pasaba de mano en mano en los festines alegres de nuestros padres, y el convidado recibiendo, celebraba en verso su hermosura. ¡Copa dorada! tu me recuerdas las noches bulliciosas de mi juventud, no te ofrecere mas a mi vecino, no alabare mas al artista que supo hermostearte. Te ha llenado un licor sombrío, yo le he preparado, le he escogido; ¡ah! ¡que sea para mi el ofertorio solemne que consagro a la manana de mi nueva vida!

"En el momento en que Faust va a tomar el veneno, oye las campanas que anuncian el dia de Pascua a la ciudad, y los coros que en la iglesia inmediata celebran esta santa fiesta.

"Cantos celestes, poderosos y dulces, ¿porque me buskais entre el polvo? Hacedos oír a los humanos a quienes podeis consolar. Escucho el mensaje que me traeis, pero me falta la fe para creerlo. El milagro es el hijo querido de la fe. Sin embargo, acostumbrado a oír estos cantos desde la infancia, me llaman a la vida. En otros tiempos un rayo de amor divino bajaba sobre mi durante la solemnidad tranquila del

domingo. El sonido bronco de la campana llenaba mi alma del presentimiento del porvenir y mis oraciones eran un goce ardiente. La misma campana anunciaba también los juegos de la juventud y la fiesta de la primavera. La memoria reanima en mí los sentimientos propios de los pocos años, que hacen olvidarnos de la muerte. ¡O! haceos oír todavía, cantos celestes; la tierra me ha reconquistado."

"Este momento de exaltaciones pasajero: Faust tiene un carácter inconstante, las pasiones mundanas vuelven a apoderarse de su corazón, busca el modo de satisfacerlas, y desea el entregarse a ellas. El diablo, bajo el nombre de Mefistofeles, viene y le promete ponerle en posesión de todos los goces de la tierra, pero al mismo tiempo sabe disgustarle de todos ellos; porque la verdadera maldad seca el alma de tal manera, que concluye por inspirar una indiferencia profunda por los placeres igualmente que por las virtudes.

"Mefistofeles conduce a Faust a la casa de una hechicera que tenía a su disposición unos animales medio monos y medio gatos. Esta escena puede considerarse en algún modo como la parodia de las brujas de Macbeth.

"Faust frecuenta las sociedades acompañado siempre de Mefistofeles; pero él se fastidia y el diablo le aconseja que se enamore. En efecto se manifiesta enamorado de una joven plebeya totalmente inocente y sencilla, que vive pobremente con su madre y que se deja seducir luego. Faust se cansa del amor de Margarita lo mismo que de todos los goces de la vida. No hay nada más hermoso en alemán que los versos en que manifiesta a un mismo tiempo el entusiasmo de la ciencia y la saciedad de la dicha.

"Espíritu sublime, tú me has concedido cuanto te he pedido, y no has sido en vano que hayas vuelto hacia mí tu rostro rodeado de llamas, tú me has dado la encantadora naturaleza por imperio, me has dado la fuerza de conocerla y de gozar de ella. No es una fría admiración la que me has permitido, pero sí un íntimo conocimiento, y me has hecho penetrar en el seno del universo igualmente que en el de un amigo; tú has conducido a mi presencia la multitud variada de los vivientes y me has enseñado a conocer a mis hermanos en los habitantes de los bosques, de los aires y de las aguas. Cuando suena la tempestad en el bosque, cuando arranca y derriba los pinos gigantescos, cuya caída hace resonar la montaña, tú me guías a un asilo seguro y me revelas los secretos maravillosos de mi propio corazón; cuando la luna tranquila sube lentamente a los cielos, las sombras plateadas de los tiempos antiguos se presentan a mis ojos, sobre las rocas y en las arboledas, y parece que me suavizan el severo placer de la meditación.

"Pero lo conozco, ¡ay! el hombre no puede alcanzar nada que sea perfecto. Al lado de las delicias que me acercan a los dioses, es preciso que sufra el compañero frío, indiferente y altivo que me humilla a mis propios ojos y que con una sola palabra reduce a la nada todos los dones que me has hecho. Enciende en mi corazón un fuego desordenado que me consume y arrastra hacia la mujer hermosa: pero con enagenamiento del deseo a la dicha, pero en el seno de la felicidad misma un vacilante fastidio me hace echar de menos el deseo."

"La historia de Margarita contrista dolorosamente el corazón, su estado vulgar, su entendimiento limitado, y todo lo que la somete a la desgracia sin que ella pueda resistirlo, inspira también piedad en su favor. Goethe casi nunca ha dado calidades superiores a las mujeres, pero pinta maravillosamente el carácter débil que les hace tan necesaria la protección. Lord Byron ha adornado a Astarte de todos los encantos y de todas las perfecciones, pero en la pieza no se descubre sino su sombra y el poeta no alza sino un momento el velo misterioso que cubre a la hermana y a la amiga de Manfredo.

"Margarita es la causa de la muerte de su madre y de su hermano, y Faust la llena de amarguras. ¡Ay! exclama en un momento de remordimientos, ¡hubiera sido tan fácilmente dichosa! una pobre choza en uno de los valles de los Alpes y algunas ocupaciones domésticas, hubieran bastado para satisfacer sus deseos limitados y llenar su vida pacífica; pero yo, enemigo de Dios, no he descansado hasta después de haber despedazado su corazón y de haber arruinado su miserable destino. De este modo la paz debe haberle sido robada para siempre, y es necesario que sea la víctima del infierno. ¡Y bien! demonio, abrevia mis angustias y haz llegar lo que debe suceder. Que la suerte de esta desgraciada se cumpla, y a lo menos precipítame con ella en los abismos."

"Mefistofeles imagina el trasportar a Faust a la junta nocturna de las brujas a fin de distraerle de sus penas; y hay una escena que es imposible explicarla, aunque en ella se encuentran un gran numero de ideas que retener. La junta de las brujas es verdaderamente como una fiesta de las saturnales.

Faust sabe que Margarita ha hecho perecer al nino que habia dado a luz, esperando por este medio el escusarse la vergueenza de su conducta. Su crimen ha sido descubierto, se le ha puesto en prision, y al dia siguiente debe morir en un cadalso. Faust maldice con furor a Mefistofeles, y este acusa a Faust con frialdad, y le prueba que es el quien ha deseado el mal, y que no le ha ayudado sino porque le habia llamado. Se ha dado una sentencia de muerte contra Faust porque quito la vida al hermano de Margarita; pero no obstante se introduce secretamente en la ciudad, obtiene de Mefistofeles los medios para libertar a Margarita, y se introduce de noche en su calabozo cuyas llaves habia ocultado.

"Oye a lo lejos que ensaya el cantar una cancion que prueba la perdida de su razon. Margarita cree que vienen a buscarla para conducirla al cadalso: escena tierna entre ella y Faust que no puede decidirla a que le siga; Margarita pasa rapidamente de una idea a otra, no reconociendo a su amante sino por intervalos. Mefistofeles comparece a la puerta y les dice: daos prisa o estais perdidos; vuestros retardos y vuestras dudas son funestos, mis caballos tiritan, el frio de la manana se hace sentir.—*Margarita*. ? Quien sale de este modo de la tierra? el es, el es; hacedle ir. ?Que hara en el lugar sagrado? Es a mi a quien quiere llevarse.—*Faust*. Es necesario que tu vivas.—*Margarita*. ¡Justicia divina, me abandono a ti!—*Mefistofeles a Faust*. Ven, ven o te doy la muerte igualmente que a ella.—*Margarita*. Padre celestial, yo soy tuya, y vosotros angeles salvadme, coros sagrados, rodeadme, defendedme: Faust, tu suerte es la que me aflige...—*Mefistofeles*. ¡Ya esta juzgada! Las voces del cielo esclaman: ¡fiesta salvada!—*Mefistofeles a Faust*. ¡Sigueme! Mefistofeles desaparece con Faust; se oye en lo interior la voz de Margarita que llama inutilmente a su amigo "¡Faust! ¡Faust!"

"La pieza queda cortada despues de estas palabras." "Es necesario anadir alguna cosa" concluye madama de Stael, y nosotros aplicamos lo que dice a nuestra traduccion de Manfredo: "es preciso suplir por la imaginacion al hechizo que debe anadir una hermosa poesia a las escenas que he ensayado traducir. En el arte de la versificacion hay siempre un genero de merito reconocido por todo el mundo, y que es independiente del objeto a que ha sido aplicado en la pieza de Faust. La cadencia cambia segun la situacion, y la brillante variedad que resulta es admirable.

"La creencia de los malos espíritus se encuentra en un grande numero de poesias alemanas. La naturaleza del Norte se acomoda bastante bien con semejante terror, y asi es mucho menos ridiculo en Alemania que lo seria en Francia, el servirse del diablo en las ficciones.

"Es imposible el leer la pieza de Faust sin que se presente en la idea de mil maneras diferentes, se enfada uno con el autor, se le acusa, se le justifica, pero da motivo para reflexionar sobre todo, y para valerme del lenguaje ingenuo de un sabio de la mediana edad, *sobre alguna cosa mas que todo*.

"La critica de una obra semejante debe ser un objeto muy facil de prever de antemano, o mas bien el genero mismo de la obra puede merecer la censura, todavia con mas razon que el modo como esta tratada; porque una buena composicion, debe ser juzgada como un sueno; y si el buen gusto se halla siempre vigilante en la puerta de marfil de los sueños para obligarles a tomar la forma convenida, muy rara vez chocaran a la imaginacion.

"Sin embargo la pieza de Faust no es ciertamente un buen modelo, y sea que pueda ser considerada como la obra de un delirio del entendimiento, o de la saciedad de la razon, es de desear que no se repitan semejantes producciones; pues cuando un ingenio tal como el de Goethe, rompe todas las trabas, la multitud de sus pensamientos es tan grande, que por todas partes esceden y trastornan los limites del arte.

"Dichosos los autores que como Goethe, estan traducidos y comentados por una muger a quien lord Byron ha proclamado ila primera de su siglo y de todos los siglos pasados! y aunque algunas de sus criticas pueden hallar su aplicacion en las obras del autor de Manfredo, nuestras citas no podran ser desagradables a un poeta que fue constantemente el admirador y el amigo de Corina."

FIN DE LAS NOTAS

*** END OF THE PROJECT GUTENBERG EBOOK MANFREDO ***

Updated editions will replace the previous one—the old editions will be renamed.

Creating the works from print editions not protected by U.S. copyright law means that no one owns a United States copyright in these works, so the Foundation (and you!) can copy and distribute it in the United States without permission and without paying copyright royalties. Special rules, set forth in the General Terms of Use part of this license, apply to copying and distributing Project Gutenberg™ electronic works to protect the PROJECT GUTENBERG™ concept and trademark. Project Gutenberg is a registered trademark, and may not be used if you charge for an eBook, except by following the terms of the trademark license, including paying royalties for use of the Project Gutenberg trademark. If you do not charge anything for copies of this eBook, complying with the trademark license is very easy. You may use this eBook for nearly any purpose such as creation of derivative works, reports, performances and research. Project Gutenberg eBooks may be modified and printed and given away—you may do practically ANYTHING in the United States with eBooks not protected by U.S. copyright law. Redistribution is subject to the trademark license, especially commercial redistribution.

START: FULL LICENSE THE FULL PROJECT GUTENBERG LICENSE PLEASE READ THIS BEFORE YOU DISTRIBUTE OR USE THIS WORK

To protect the Project Gutenberg™ mission of promoting the free distribution of electronic works, by using or distributing this work (or any other work associated in any way with the phrase “Project Gutenberg”), you agree to comply with all the terms of the Full Project Gutenberg™ License available with this file or online at www.gutenberg.org/license.

Section 1. General Terms of Use and Redistributing Project Gutenberg™ electronic works

1.A. By reading or using any part of this Project Gutenberg™ electronic work, you indicate that you have read, understand, agree to and accept all the terms of this license and intellectual property (trademark/copyright) agreement. If you do not agree to abide by all the terms of this agreement, you must cease using and return or destroy all copies of Project Gutenberg™ electronic works in your possession. If you paid a fee for obtaining a copy of or access to a Project Gutenberg™ electronic work and you do not agree to be bound by the terms of this agreement, you may obtain a refund from the person or entity to whom you paid the fee as set forth in paragraph 1.E.8.

1.B. “Project Gutenberg” is a registered trademark. It may only be used on or associated in any way with an electronic work by people who agree to be bound by the terms of this agreement. There are a few things that you can do with most Project Gutenberg™ electronic works even without complying with the full terms of this agreement. See paragraph 1.C below. There are a lot of things you can do with Project Gutenberg™ electronic works if you follow the terms of this agreement and help preserve free future access to Project Gutenberg™ electronic works. See paragraph 1.E below.

1.C. The Project Gutenberg Literary Archive Foundation (“the Foundation” or PGLAF), owns a compilation copyright in the collection of Project Gutenberg™ electronic works. Nearly all the individual works in the collection are in the public domain in the United States. If an individual work is unprotected by copyright law in the United States and you are located in the United States, we do not claim a right to prevent you from copying, distributing, performing, displaying or creating derivative works based on the work as long as all references to Project Gutenberg are removed. Of course, we hope that you will support the Project Gutenberg™ mission of promoting free access to electronic works by freely sharing Project Gutenberg™ works in compliance with the terms of this agreement for keeping the Project Gutenberg™ name associated with the work. You can easily comply with the terms of this agreement by keeping this work in the same format with its attached full Project Gutenberg™ License when you share it without charge with others.

1.D. The copyright laws of the place where you are located also govern what you can do with this work. Copyright laws in most countries are in a constant state of change. If you are outside the United States, check the laws of your country in addition to the terms of this agreement before downloading, copying, displaying, performing, distributing or creating derivative works based on this work or any other Project Gutenberg™ work. The Foundation makes no representations concerning the copyright status of any work in any country other than the United States.

1.E. Unless you have removed all references to Project Gutenberg:

1.E.1. The following sentence, with active links to, or other immediate access to, the full Project Gutenberg™ License must appear prominently whenever any copy of a Project Gutenberg™ work

(any work on which the phrase “Project Gutenberg” appears, or with which the phrase “Project Gutenberg” is associated) is accessed, displayed, performed, viewed, copied or distributed:

This eBook is for the use of anyone anywhere in the United States and most other parts of the world at no cost and with almost no restrictions whatsoever. You may copy it, give it away or re-use it under the terms of the Project Gutenberg License included with this eBook or online at www.gutenberg.org. If you are not located in the United States, you will have to check the laws of the country where you are located before using this eBook.

1.E.2. If an individual Project Gutenberg™ electronic work is derived from texts not protected by U.S. copyright law (does not contain a notice indicating that it is posted with permission of the copyright holder), the work can be copied and distributed to anyone in the United States without paying any fees or charges. If you are redistributing or providing access to a work with the phrase “Project Gutenberg” associated with or appearing on the work, you must comply either with the requirements of paragraphs 1.E.1 through 1.E.7 or obtain permission for the use of the work and the Project Gutenberg™ trademark as set forth in paragraphs 1.E.8 or 1.E.9.

1.E.3. If an individual Project Gutenberg™ electronic work is posted with the permission of the copyright holder, your use and distribution must comply with both paragraphs 1.E.1 through 1.E.7 and any additional terms imposed by the copyright holder. Additional terms will be linked to the Project Gutenberg™ License for all works posted with the permission of the copyright holder found at the beginning of this work.

1.E.4. Do not unlink or detach or remove the full Project Gutenberg™ License terms from this work, or any files containing a part of this work or any other work associated with Project Gutenberg™.

1.E.5. Do not copy, display, perform, distribute or redistribute this electronic work, or any part of this electronic work, without prominently displaying the sentence set forth in paragraph 1.E.1 with active links or immediate access to the full terms of the Project Gutenberg™ License.

1.E.6. You may convert to and distribute this work in any binary, compressed, marked up, nonproprietary or proprietary form, including any word processing or hypertext form. However, if you provide access to or distribute copies of a Project Gutenberg™ work in a format other than “Plain Vanilla ASCII” or other format used in the official version posted on the official Project Gutenberg™ website (www.gutenberg.org), you must, at no additional cost, fee or expense to the user, provide a copy, a means of exporting a copy, or a means of obtaining a copy upon request, of the work in its original “Plain Vanilla ASCII” or other form. Any alternate format must include the full Project Gutenberg™ License as specified in paragraph 1.E.1.

1.E.7. Do not charge a fee for access to, viewing, displaying, performing, copying or distributing any Project Gutenberg™ works unless you comply with paragraph 1.E.8 or 1.E.9.

1.E.8. You may charge a reasonable fee for copies of or providing access to or distributing Project Gutenberg™ electronic works provided that:

- You pay a royalty fee of 20% of the gross profits you derive from the use of Project Gutenberg™ works calculated using the method you already use to calculate your applicable taxes. The fee is owed to the owner of the Project Gutenberg™ trademark, but he has agreed to donate royalties under this paragraph to the Project Gutenberg Literary Archive Foundation. Royalty payments must be paid within 60 days following each date on which you prepare (or are legally required to prepare) your periodic tax returns. Royalty payments should be clearly marked as such and sent to the Project Gutenberg Literary Archive Foundation at the address specified in Section 4, “Information about donations to the Project Gutenberg Literary Archive Foundation.”
- You provide a full refund of any money paid by a user who notifies you in writing (or by e-mail) within 30 days of receipt that s/he does not agree to the terms of the full Project Gutenberg™ License. You must require such a user to return or destroy all copies of the works possessed in a physical medium and discontinue all use of and all access to other copies of Project Gutenberg™ works.
- You provide, in accordance with paragraph 1.F.3, a full refund of any money paid for a work or a replacement copy, if a defect in the electronic work is discovered and reported to you within 90 days of receipt of the work.
- You comply with all other terms of this agreement for free distribution of Project Gutenberg™ works.

1.E.9. If you wish to charge a fee or distribute a Project Gutenberg™ electronic work or group of works on different terms than are set forth in this agreement, you must obtain permission in writing from the Project Gutenberg Literary Archive Foundation, the manager of the Project Gutenberg™ trademark. Contact the Foundation as set forth in Section 3 below.

1.F.

1.F.1. Project Gutenberg volunteers and employees expend considerable effort to identify, do copyright research on, transcribe and proofread works not protected by U.S. copyright law in creating the Project Gutenberg™ collection. Despite these efforts, Project Gutenberg™ electronic

works, and the medium on which they may be stored, may contain “Defects,” such as, but not limited to, incomplete, inaccurate or corrupt data, transcription errors, a copyright or other intellectual property infringement, a defective or damaged disk or other medium, a computer virus, or computer codes that damage or cannot be read by your equipment.

1.F.2. LIMITED WARRANTY, DISCLAIMER OF DAMAGES - Except for the “Right of Replacement or Refund” described in paragraph 1.F.3, the Project Gutenberg Literary Archive Foundation, the owner of the Project Gutenberg™ trademark, and any other party distributing a Project Gutenberg™ electronic work under this agreement, disclaim all liability to you for damages, costs and expenses, including legal fees. YOU AGREE THAT YOU HAVE NO REMEDIES FOR NEGLIGENCE, STRICT LIABILITY, BREACH OF WARRANTY OR BREACH OF CONTRACT EXCEPT THOSE PROVIDED IN PARAGRAPH 1.F.3. YOU AGREE THAT THE FOUNDATION, THE TRADEMARK OWNER, AND ANY DISTRIBUTOR UNDER THIS AGREEMENT WILL NOT BE LIABLE TO YOU FOR ACTUAL, DIRECT, INDIRECT, CONSEQUENTIAL, PUNITIVE OR INCIDENTAL DAMAGES EVEN IF YOU GIVE NOTICE OF THE POSSIBILITY OF SUCH DAMAGE.

1.F.3. LIMITED RIGHT OF REPLACEMENT OR REFUND - If you discover a defect in this electronic work within 90 days of receiving it, you can receive a refund of the money (if any) you paid for it by sending a written explanation to the person you received the work from. If you received the work on a physical medium, you must return the medium with your written explanation. The person or entity that provided you with the defective work may elect to provide a replacement copy in lieu of a refund. If you received the work electronically, the person or entity providing it to you may choose to give you a second opportunity to receive the work electronically in lieu of a refund. If the second copy is also defective, you may demand a refund in writing without further opportunities to fix the problem.

1.F.4. Except for the limited right of replacement or refund set forth in paragraph 1.F.3, this work is provided to you ‘AS-IS’, WITH NO OTHER WARRANTIES OF ANY KIND, EXPRESS OR IMPLIED, INCLUDING BUT NOT LIMITED TO WARRANTIES OF MERCHANTABILITY OR FITNESS FOR ANY PURPOSE.

1.F.5. Some states do not allow disclaimers of certain implied warranties or the exclusion or limitation of certain types of damages. If any disclaimer or limitation set forth in this agreement violates the law of the state applicable to this agreement, the agreement shall be interpreted to make the maximum disclaimer or limitation permitted by the applicable state law. The invalidity or unenforceability of any provision of this agreement shall not void the remaining provisions.

1.F.6. INDEMNITY - You agree to indemnify and hold the Foundation, the trademark owner, any agent or employee of the Foundation, anyone providing copies of Project Gutenberg™ electronic works in accordance with this agreement, and any volunteers associated with the production, promotion and distribution of Project Gutenberg™ electronic works, harmless from all liability, costs and expenses, including legal fees, that arise directly or indirectly from any of the following which you do or cause to occur: (a) distribution of this or any Project Gutenberg™ work, (b) alteration, modification, or additions or deletions to any Project Gutenberg™ work, and (c) any Defect you cause.

Section 2. Information about the Mission of Project Gutenberg™

Project Gutenberg™ is synonymous with the free distribution of electronic works in formats readable by the widest variety of computers including obsolete, old, middle-aged and new computers. It exists because of the efforts of hundreds of volunteers and donations from people in all walks of life.

Volunteers and financial support to provide volunteers with the assistance they need are critical to reaching Project Gutenberg™’s goals and ensuring that the Project Gutenberg™ collection will remain freely available for generations to come. In 2001, the Project Gutenberg Literary Archive Foundation was created to provide a secure and permanent future for Project Gutenberg™ and future generations. To learn more about the Project Gutenberg Literary Archive Foundation and how your efforts and donations can help, see Sections 3 and 4 and the Foundation information page at www.gutenberg.org.

Section 3. Information about the Project Gutenberg Literary Archive Foundation

The Project Gutenberg Literary Archive Foundation is a non-profit 501(c)(3) educational corporation organized under the laws of the state of Mississippi and granted tax exempt status by the Internal Revenue Service. The Foundation’s EIN or federal tax identification number is 64-6221541. Contributions to the Project Gutenberg Literary Archive Foundation are tax deductible to the full extent permitted by U.S. federal laws and your state’s laws.

The Foundation’s business office is located at 809 North 1500 West, Salt Lake City, UT 84116, (801) 596-1887. Email contact links and up to date contact information can be found at the Foundation’s website and official page at www.gutenberg.org/contact

Section 4. Information about Donations to the Project Gutenberg Literary

Archive Foundation

Project Gutenberg™ depends upon and cannot survive without widespread public support and donations to carry out its mission of increasing the number of public domain and licensed works that can be freely distributed in machine-readable form accessible by the widest array of equipment including outdated equipment. Many small donations (\$1 to \$5,000) are particularly important to maintaining tax exempt status with the IRS.

The Foundation is committed to complying with the laws regulating charities and charitable donations in all 50 states of the United States. Compliance requirements are not uniform and it takes a considerable effort, much paperwork and many fees to meet and keep up with these requirements. We do not solicit donations in locations where we have not received written confirmation of compliance. To SEND DONATIONS or determine the status of compliance for any particular state visit www.gutenberg.org/donate.

While we cannot and do not solicit contributions from states where we have not met the solicitation requirements, we know of no prohibition against accepting unsolicited donations from donors in such states who approach us with offers to donate.

International donations are gratefully accepted, but we cannot make any statements concerning tax treatment of donations received from outside the United States. U.S. laws alone swamp our small staff.

Please check the Project Gutenberg web pages for current donation methods and addresses. Donations are accepted in a number of other ways including checks, online payments and credit card donations. To donate, please visit: www.gutenberg.org/donate

Section 5. General Information About Project Gutenberg™ electronic works

Professor Michael S. Hart was the originator of the Project Gutenberg™ concept of a library of electronic works that could be freely shared with anyone. For forty years, he produced and distributed Project Gutenberg™ eBooks with only a loose network of volunteer support.

Project Gutenberg™ eBooks are often created from several printed editions, all of which are confirmed as not protected by copyright in the U.S. unless a copyright notice is included. Thus, we do not necessarily keep eBooks in compliance with any particular paper edition.

Most people start at our website which has the main PG search facility: www.gutenberg.org.

This website includes information about Project Gutenberg™, including how to make donations to the Project Gutenberg Literary Archive Foundation, how to help produce our new eBooks, and how to subscribe to our email newsletter to hear about new eBooks.